

Marcela Paz

Papelucho,

ROMELIO Y EL CASTILLO



Marcela Paz

Papelucho,

ROMELIO Y EL CASTILLO

ILUSTRACIONES DE ROMMY RIVERA



OceanofPDF.com

I

Por fin tenía yo mi propio problema.

Se lo llevé al papá, creyéndome chori.

No tenía ni la mayor idea de que el problema de los problemas es el oidor.

–Papá...

–Papelucho –adivinó él–, si es problema el que me traes, llévaselo a tu mamá...

–Pero papá, es cosa de hombres...

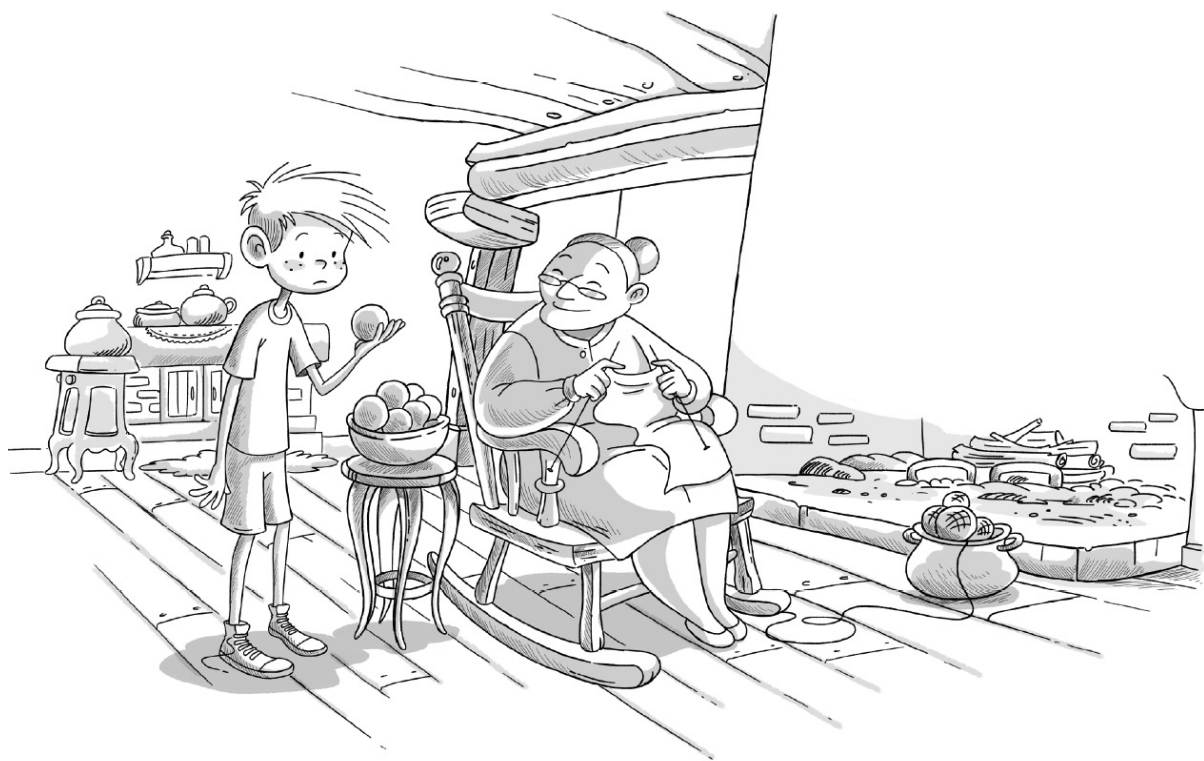
–Los problemas no tienen sexo –y se enfrascó en sus papeles de IBM¹.

Algún día aprenderé a manejar yo ese computador que contesta todo lo que uno le pregunta.

Harto quemao partí donde la tía Rosarito, que por suerte es sorda, así es que no tiene problema en escuchar problemas.

Me miró sonrisosa y antes de que hablara me dijo:

–Lindo, si tienes algún problema, cómete esta naranja –y siguió tejiendo.



Me comí la naranja y me atoré con una pepa. Cuando me la tragué, ahí estaba otra vez mi problema... Tenía boca, orejas, manos, pies y era apenas más grande que yo. Se llamaba Romelio y me había invitado por el fin de semana a su castillo que nadie conocía.

Todos sabían en mi clase que el Romelio vivía en un castillo, pero nadie lo conocía, porque el Romelio es de esa gente que no tira pinta y cuando uno le preguntaba por su famoso castillo, se metía las manos en los bolsillos y decía rotundamente:

–Es igual a todos los castillos.

Yo tenía tremenda curiosidad de conocer su castillo aunque fuera por un día, así es que le dije:

–Oye, ¿te gusta ser egoísta?

–No –contestó, escarbándose la nariz.

–Bueno, pero eres egoísta, para que lo sepas...

–¿Por qué? Si quieres te invito.

–¿Cuándo?

—Este fin de semana.

Si hubiera adivinado que me iba a invitar así, tan rápidamente, no le habría averiguado tanto. Porque el castillo me tincaba bastante, pero no conocía ni a su papá ni a su mamá, y me daba vergüenza alojar en una cama de reyes, comer guisos de príncipes con pajes por todos lados, etc.

Mi problema era querer y no querer ir, o sea, quería ir; y apenas me invitó, ya no quería. Me tincaba tremendo vivir una noche en un castillo y lo forcé a invitarme, pero ahí vino el problema, porque cuando lo hizo se me pasaron las ganas.

Un papá debería servir por lo menos para prohibirle a uno lo que uno no quiere hacer.

Era mi problema, lo eché al cara o sello, y ni miré el peso cuando cayó.

Le dije al Romelio que iba, y fui.

¹ IBM: empresa de tecnología y computadores de Estados Unidos.

OceanofPDF.com

II

El cacharro del papá del Romelio era apenas una tetera vieja que disparaba esmog a toda vela.

—Claro —pensé—. Este auto es tan antiguo como el castillo...

Y comencé a imaginarme los torreones, las armaduras y demases donde alojaría esa noche. A lo mejor el castillo tenía su ánima propia arrastrando sus cadenas durante la noche.

Pero el papá del Romelio parecía más asustado que yo. A cada rato paraba el motor y dejaba rodar solito el aparato. Y cuando quedaba atrás el carabinero de la esquina, enganchaba segunda y volvía a agarrar vuelo.

Era casi de noche cuando llegamos al cerrito. Allá arriba se divisaba una sombra sin torreones ni puentes levadizos. Simplemente una casa.

—Oye —le dije al Romelio cuando bajamos del auto—, ¿por qué lo llaman castillo?

Y apenas lo dije, me arrepentí. Así que exclamé: “¡Caramba!”... —que es lo que dice mi papá cuando ve algo choro.

—Estamos sin luz —dijo el papá del Romelio—, pero tenemos velas.

Más ganas me dieron de no haber venido. Ahora tenía ganas de volverme...

Mi bolsón se había puesto tan pesado que apenas me lo podía.

Entramos. Dos velitas en botellas de bebida quemaban las polillas curiosas. No se veía armaduras ni tesoros ni pajes con pelucas.

—Tu amigo y tú van a dormir arriba —dijo el papá del Romelio—, y ni media palabra de “comer”...

Yo me acordé de que no me había comido el pan con queso que me dio la Domi y le convidé al Romelio la mitad.

III

Soñaba que yo era un príncipe recién nacido. En mi cunita de oro, rodeado de hadas madrinas, sonreía...

Pero me molestaban los pañales. Se habían puesto duros y helados, y me amarraban las piernas.

Yo era guagua y, como todas las guaguas, lloré para avisar que me había mojado.

Mi llanto me despertó rotundamente y... ¡horror!... Yo no era principito ni guagua. Era yo, el amigo de Romelio.

Pero igual, ¡estaba mojado! Mi cama era una sopa en la oscuridad. Y tampoco era mi cama, ¡era ajena, desconocida y olía distinto!

Ahí me cayó la teja y me acordé con violencia de que estaba alojando en el castillo de Romelio.

¿Qué irían a pensar de mí?

Yo estaba maldito para toda mi vida.

La vergüenza me ortigó del cogote a los pies.

¿Por qué se me ocurrió soñarme recién nacido?

Y en casa ajena...

Sí, estaba rotundamente fregado para siempre jamás...

No podía volver al colegio. No tendría amigos...

—¿Por qué no seguí durmiendo? —me pregunté furiondo.

Y comencé a retarme como al peor enemigo.

Nada peor que retarse... ¿Quién lo defiende a uno?

Me comencé a vestir en la oscuridad y dale y dale retándome. Tenía que partir, desaparecer de muchas partes, quizás para siempre... Irme de ahí, del colegio, del país, quizás de América... partir lejos.

Me vestí de memoria y de memoria tendría que adivinar el camino para irme.

Me acordaba de haber subido una escalera, pero jamás me fijé si era de las que crujen en la noche. Bajaría montado en la baranda, sin ruidos...

Zapatos en mano, mis dedos gordos asomados de calcetines rotos, me servían de linterna en la hedionda oscuridad.

Por fin me faltó suelo: señal del primer escalón y con violencia levanté mi pierna para montar el resbalín. Una muralla dura y brujienda estrelló mi pierna y, en un tremendo enredo, rodé apelonadamente escaleras abajo. De un run como un balazo llegué al suelo. El único consuelo es que no solté nunca mis zapatos, porque me han enseñado que valen más que uno mismo.

Ahí quedé arrollado en el suelo sin saber si estaba vivo o muerto. Esperé un poco, parando la oreja con atención...

Alguien abrió una puerta y preguntó:

—¿Ladrones?

Como nadie contestó, la puerta se volvió a cerrar.

Poco a poco me iba dando cuenta de que yo estaba quebrado de la columna, de las rodillas y también de los codos. ¡Mala suerte! Aunque estuviera hecho pedazos, igual tenía que desaparecer...

Así es que enganché primera y me arrastré con mis rodillas crujientes, muy lento para que la sonajera de mis huesos no despertara otra vez al papá del Romelio.

Ahora la oscuridad era más atroz y con olor a silencio... Como un feroz gusano, me arrastraba entre ese cachureo anónimo y duro, camino al portón, pero chocaba y chocaba con cuestiones dolorosas que me pegaban en las costillas y demás huesos quebrados.

Mis manos de ciego buscaron el picaporte y, justo cuando lo alcancé, ¡horror!, no había tal picaporte... no había puerta... Prendí la luz y, ¡horror de horrores!, estaba en la otra punta de la casa... Apagué con furia el maldito interruptor que inventó el maldito Tomás Edison...

Choqué con algo que se vino abajo con ruido insolente y se quebró. También los floreros se quiebran y meten más ruido que uno...

Me achicharré en el suelo por si se abría alguna puerta y me puse a esperar que alguien saliera de su pieza, pero nadie se asomó y nadie preguntó nada.

—¡Maldito sea yo por venir a alojar en casa ajena! —exclamé secretamente, sin respirar.

Seguí esperando, y esperé tanto tiempo que por fin me dormí. Mi esqueleto me dolía en sueños como orquesta de mil violines. Ahora soñaba que era pan de molde y me estaban cortando en rebanadas.

OceanofPDF.com

IV

Entonces desperté. Los fantasmas y bultos perdían su misterio... Amanecía en el glucoso living y cada porquería se iba viendo más fea con el día. Ahí, tirado de guata, no podía moverme, igual que el florero quebrado al lado mío. A él le faltaban pedazos y a mí también y, además, me dolían todos. Mi apéndice me dolía con eco. ¿Cómo podía dolerme si me lo habían sacado? Quise sobar mi cicatriz y me traje enredado un pedazo de botella asesina, que había servido de candelabro seguramente.

Rodé a un lado y me desenchufé un pedazo de florero que tenía enterrado. Con rabia lo disparé lejos y quedó clavado como una flecha justo en el ojo de una señora pituca que estaba colgada en marco de oro en la pared.

Por fin logré pararme y empecé a caminar como un robot buscando mis zapatos a puro tanteo. Y encontré uno, pero al recogerlo, mi espinazo sonó como gato levantando un auto en pana.

–Volveré a buscar el otro –me dije, sabiendo que jamás volvería a este castillo.

Tieso, patiabierto, mecánico, buscaba la salida de esa casa donde perdí mi honor.

Por fin abrí la puerta y un ventarrón me disparó sentado:
¡Diluviaba!

Con fuerzas churumbélicas cerré la puerta y me quedé pensando ahí en el suelo... Y mientras pensaba, aclaraba, y un ruido en la escalera me hizo mirarla. Algo brillante bajaba dando saltos por los escalones, igual que bajé yo antes. Pude ver que era un culebrón de agua...

Un rayo electrónico alumbró mi cabeza y comprendí que la lluvia de afuera, intruseando dentro, había goteado mi cama hasta empaparla.

Me rebalsé de alegría hipodérmica.
¡Mi honor estaba infausto!

Me puse bien con mi yo y me pedí perdón por retarme. Estaba contento de no ser mi enemigo y me sentía un Batman... Con un brinco glorioso quise celebrarme, pero unos tremendos y peludos pies aparecieron a mi lado y me dejaron perpetuo...

Era el papá del Romelio, que parecía un orangután de verdad, salido de la sombra, de puro chascón.

—¿Qué haces aquí, niño? —preguntó.



Yo le mostré la catarata de agua bajando la escalera.

—¡Bendita lluvia! —exclamó abriendo los brazos—. Mis ovejitas tendrán pasto... Y a ti, ¿qué te pasó? —me preguntó acercándose.

—Me lloví —dije con pena de mí.

—Pobrecito, ¿dormiste en la mansarda?

Y no pude contestarle porque no sé ni lo que es mansarda...

—¿Eres el amiguito de Romelio?

Dije sí, con la cabeza.

—Cierto —dijo—. Me despertó un golpe, ¿te caíste?

–Sí –contesté nuevamente con la cabeza. No me atrevía a hablar. Me sentía muy huérfano al lado de ese orangután. Él adivinó y quiso hacerme un cariño, pero antes de que lo lograra, mi pena se hizo agua en mis ojos. Con el “pobrecito” y su manota en mi cabeza, me embarró los frenos... Sollocé...

–Pasaste mala noche y caíste escaleras abajo –profetizó–. Te hará bien el desayuno.

–Quiero irme a mi casa –lagrimié, pensando en que el desayuno podría ser igual que la comida. O sea, cero.

Él no podía saber que yo me creí un tarado y apenas estaba volviendo a ser normal. Su porquería de castillo goteado me hizo pasar la peor noche de mi vida.

–Hay que celebrar esta lluvia –resoplaba feliz–. Despierta al Romelio mientras yo les preparo desayuno.

–Es que me quiero ir –repercutí cototeado.

Hay gente insospechosa que está repleta del propio pensamiento y ni se le ocurre que los demás también piensan.

Había abierto la puerta de calle y miraba la lluvia como si fuera granizo de oro puro.

Aproveché para subir a despertar al Romelio que roncaba.

–¿Qué pasa? –me miró aturdido.

–Está lloviendo. Tú te estás lloviendo...

–¿Y a ti qué te importa que me llueva?

–¡Nada! –me dio rabia–. Sigue durmiendo. Yo me voy.

Y ahí saltó de la cama.

–No puedes irte porque yo te invité. –Se caló los pantalones y los zapatos.

–No me gusta tu casa –le expliqué–. Creí que era distinta.

Pasándose las manos por la cara, abrió ojos de carnero y me miró en los míos.

–Yo te invité porque eres mi mejor amigo. Si te vas, me quedo sin ninguno.

Quedé pensoso apenas un minuto cuando vi que los carneros también lloran.

Me di cuenta de que el Romelio era tremendamente solo. Si yo era su mejor amigo y no se veía más que un puro papá en esa casa y ese

papá solo pensaba en sus ovejas y punto, de verdad era un solitario...
Hice una carraspera para cambiar de escena.

OceanofPDF.com

V

–¿Qué te parece si lo pasamos bien aunque llueva? –le pregunté.

–Claro que es buena idea –dijo con cara de funeral–. Pero ¿cómo?
Lo miré de hipo en hipo.

A veces es la gente y no la vida la que frie-ga... quiero decir que uno está decidido a fregarse y no quiere desfregarse, porque en ese momento le tinca salvaje seguirse fregando y que no tenga remedio su fregancia.

–En esta casa hace falta una Domitila –dije sobándome las tripas hambrientas.

–¿Qué es una Domitila? –preguntó –. ¿Algo como una damajuana?

–No, ganso. La Domi es esa clase de gente que adivina cuando uno tiene hambre y siempre tiene una sopaipilla guardada en el horno.

–¿Sopaipilla caliente? –los ojos del Romelio relampaguearon.

–Da igual si está fría cuando se tiene hambre –dije, pero Romelio no entendió.

–Cuando uno es solitario ni siquiera tiene hambre –alegó.

Cambié el enfoque y le pregunté:

–¿Tu papá es sicópata?

–No. Es agricultor.

–Quiero decir... –me anduve confundiendo– ¿dónde está tu familia, mamá, hermanos, etcétera?

–Ni idea –arriscó los hombros–. Un día amanecimos los dos solos y él dijo que todos se habían ido...

–Lógico, pensé, pero no lo dije. Yo también casi me fui...

Entonces me percutió en las narices un olorcito a huevos fritos que devoraba el papá del solitario.

VI

No sé si fue la lluvia o el olor de los churumbélicos huevos fritos, pero de pronto la cocina se llenó de voces de gente y clamores surtidos. Parecía un Festival de Viña. Los Romelios se enredaban entre abrazos y polleras. Estaban colorados, sulfurosos y desconocidos. Yo había desaparecido para ellos.

Aproveché de raspar la sartén con sus huevos quemados mientras trataba de entender el asalto.

Había cuatro lolas y la más gordota no soltaba al Romelio de su abrazo. Era la mamá y las otras tres eran tan ídem que uno se sentía tridimensiónico y pensaba que más valía que fueran una sola. De repente me descubrieron y se me vinieron encima como si yo fuera una torta.

–Hola. Yo soy Loreto –dijo una y no me soltó más las manos. Pero otra la empujó y me anunció que era “Trini”. La tercera, una tal “Mafalda”, me acorraló en un rincón.

Ahí apareció el Romelio y se acordó de mí:

–Son mis hermanas trillizas –explicó.

Eran de esas que nacen en países lejanos pero despegadas. De buena se libró el Romelio cuando nació aparte.

–Ella es mi mamá –dijo el solitario con cara de premiado abriendo cancha para mostrar a la lola más grande.

–La lluvia nos dio la buena idea de hacer esta visita sorpresa –dijo la mamá, poniendo en la mesa esos guisos jugosos que salen en la tele.

Las trillizas me hablaban a un tiempo.

–No te olvides de que soy Trini –decía una.

–Yo soy Loreto, ¡no vayas a confundirme! –decía la otra.

–¡Soy Mafalda, la única! –exclamaba la tercera.

–No pueden saber cuál es cuál –les dije acercándome a la lujurienta mesa–. ¡Nunca lo sabrán!

Pero en lugar de alejarlas, me rodearon, eso sí ofreciéndome más y más cosas ricas. Yo me reía en mi dentror. La vida es así. Cuando uno cree que se va a morir de hambre, le llega lo mejor...

Cuando acabé de tragar, le dije al Romelio, alejándome con él:

–Quiero que me contestes unas preguntas.

–Dispara no más –contestó con voz distinta y cara de Pepsodent.

–¿Por qué se fueron y por qué volvieron tu mamá y las trillizas?

¿Tiene algo que ver con la lluvia?

–Pregúntaselo al papá. Es cosa de él.

–¿Por qué llaman castillo a esta casa?

–Tampoco es asunto tuyo. Y te diré que eres un buen preguntón.

Romelio pareció enojarse.

–¿Se irá luego tu familia? Me gustaría irme con ella...

Allí el Romelio se enrabió de verdad y me tiró un canillazo pero la Loreto se tiró en picada a coquetearme y me revolvió el enojo con la defensa.

La Trini y la Mafalda me libraron de ella pero me arrinconaron y se sentaron encima. Romelio lo encontraba divertido y se reía gorgoroso.

Apreté mi energía nuclear y de un solo salto disparé lejos a las chinchosas trillizas.

–Ya no llueve –declamé, disimulando mi enojo–. ¿Por qué no salimos a patinar en el barro?

La idea les cayó regio pero el famoso papá la achicharró con la suya:

–¡No saldrán con este barro! –exclamó.

–Somos scouts, papá...

–Si pueden, entonces, hagan una buena acción en el castillo. Arreglarán la gotera de la mansarda...

Ahora me daba cuenta de que ahí donde yo dormí era lo que se llamaba mansarda. ¿Sería antes una cárcel?... Y comencé a pensar que a lo mejor esos baúles que había arriba guardaban huesos.

–Somos scouts, no gásfiteres... –y el Romelio alargó su trompa.

–A un scout lo mueve una buena acción –alegó el poderoso.

–No es una buena acción parchar goteras. Si yo lo hiciera, le robaría el trabajo al gásfiter.

Mi amigo creció al decirlo.

—Él no vendría con este diluvio, y entretanto puede inundarse todo el castillo.

—¿Y se vendría abajo?

—Sí.

—Papá —dijo con su vozarrón—, ¿cuánto pagarías por el trabajo?

—Lo que vale el trabajo. Lo justo.

—¿Justo de poco o justo de mucho?

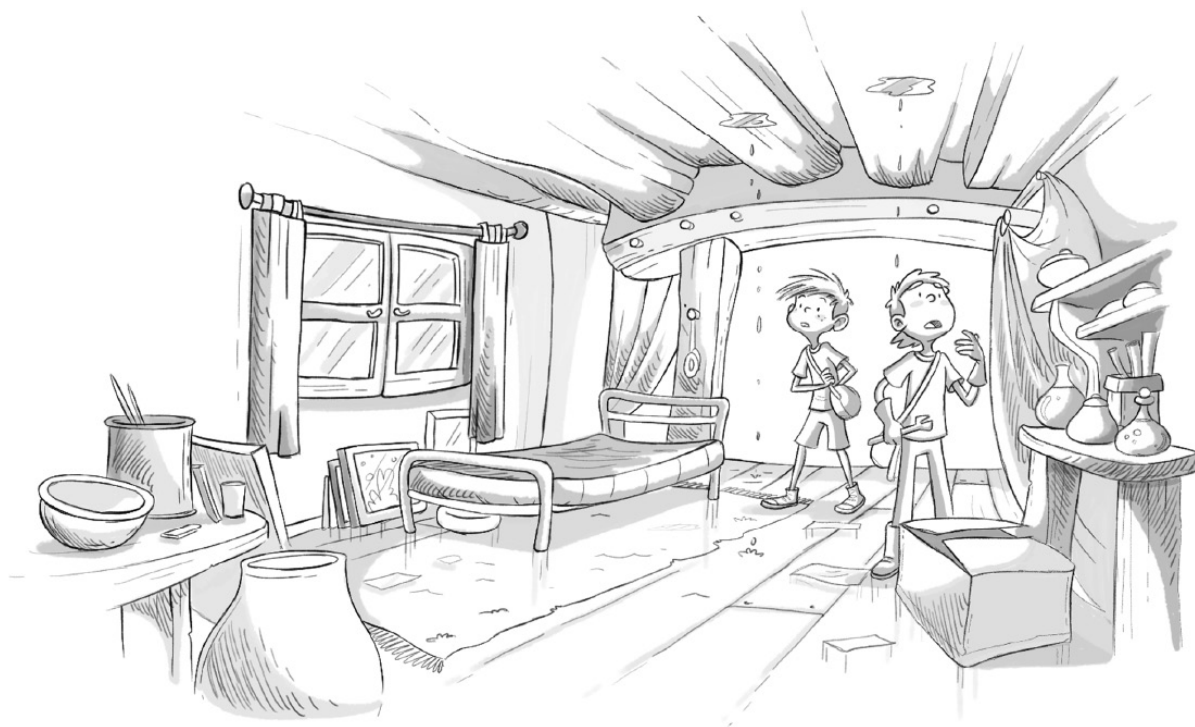
—pregunté yo. No me gustaba nada pasarme el día parchando el techo.

El dueño del castillo no dijo nada, pero su cara era un atoro de insultos.

—Papá, habla claro. Papelucho es visita y también su papá trabaja en computadores. No puedes explotarnos.

—Cien pesos si no hay más goteras —dijo.

Alegamos, pero como no había otro panorama, subimos al cuartucho a trabajar. Flotaban las maletas y me daba terror que se abrieran y aparecieran las calaveras de los presos, pero no quise asustar al Romelio.



El catre nos sirvió de andamio y subimos a taponear las goteras del techo. Metíamos un clavo en cada gotera, pero con cada uno que entraba, se derrumbaba un pedazo de yeso, dejando la gotera convertida en catarata.

—No hay caso —dijo el Romelio estilando barro y agua, y tirándose en la cama donde yo había dormido.

Había dejado de llover y el trabajo era demasiado difícil...

Es lo malo cuando deja de llover, no se encuentran las goteras. Por más que el suelo sea un pantano resbalante, no existen más goteras. ¿Cómo se puede arreglarlas si no están?

—Hay que buscarlas —exclamó el Romelio, que es negociante pero honrado...

Parados en los catres, íbamos golpeando el techo cada uno con un palo. Cuando parecía más firme ¡zas!, se vino abajo un pedazo grandote con una catarata surtida. Además de agua y barro, caían cosas raras y tenebrosas. Los dos saltamos lejos asustados.

—Ahí estaba la gotera —dijo el Romelio.

—Justo encima de donde yo dormía —alegué enojado—. Si ese saco pesado me cae encima, me mata.

—Pero no te mató. Ahora veamos cómo tapar este tremendo agujero.

Romelio, siempre práctico, buscaba un pedazo de cartón para tapar el hoyo.

—Más importante que tapar el hoyo es ver qué hay en ese saco. Puede ser un esqueleto... —dije con mi carácter de investigador.

Pero a Romelio se le pararon los pelos y no quiso acercarse al saco que estaba donde yo dormí.

—Me cargan las calaveras —exclamó, tapándose la cara.

—Dime una cosa, ¿tu papá construyó esto que llaman castillo o se lo ganó en un concurso?

—Lo compró, es mucho más viejo que él.

—En ese caso, hay alguna esperanza de que tenga cuestiones secretas. Puede tener un entierro... Busquémoslo...

—¿Entierros de almudes de oro? —al Romelio le brillaron los ojos avarientos.

—O de momias —dije pensativo.

—¿Qué son esas?

—Huesos de asesinados hace miles de años —dije con mi experiencia.

El Romelio se puso verde y se me acercó amenazante.

—Si tocas ese saco, ¡te aturdo a palos!... —chilló.

El saco intocable quedó ahí perpetuo. Romelio y yo nos mirábamos forcejeando a ver cuál de los dos era más Superman. De repente, mis ojos lo hicieron pestañear y aproveché el momento para alcanzar el saco.

Me cayó encima el tarado y rodamos nosotros y el saco por el barro. Los puñetes sonaban como granizo negro y la ropa mojada era un elefante al apa.

Mis piernas ahora se enredaban en un rinoceronte sonoro que se arrastraba conmigo por el suelo. Una feroz patada disparó lejos al pesado animal que se desintegró.

Yo estaba libre de él pero me chachareaba en las orejas el ruido de sus tripas. Miré al Romelio, que ya no me pegaba, y vi en sus ojos

una extraña luz mágica. Parecía embrujado...

–¿Qué te pasa? –lo remecí electrónico.

–¡Mira!... –dijo sin mover los ojos. Asustado miré lo que él miraba...

Del rinoceronte-saco caían unas tapas de mermelada, limpias y brillantes. Cogí una y la sostuve en mi mano. Era pesada y gorda y grabada con un águila. La mordí y me quebré un diente. Romelio me la quitó y yo alcancé a gritarle:

–¡Cuidado! –mientras me sobaba el pedazo de diente que me quedó.

–Son monedas de oro –tartamudeó el Romelio poniéndose tiritón de arriba abajo y con cara de calavera.

–¡Ya!, pero no te vas a morir por eso –lo sacudí otra vez con fortaleza.

No pudo contestarme porque se tiró encima del chorro de monedas que sangraba el rinoceronte fallecido.



VII

Viendo la avaricia de mi amigo Romelio, me dio un feroz desprecio por él, pero después pensé que esas malditas monedas le podrían servir para comprarse una moto y me empezó a rugir a mí también lo avariento igual que a él.

El brujuriento saco del tesoro había caído sobre la cama en que yo dormí y estuvo escondido quiensá cuántos siglos esperando que yo golpeará el techo.

Cuando el papá del Romelio compró esa vieja casa, no compró sus secretos ni tesoros ni goteras. La compró peladita y sin misterios. Y hay una ley antigua y campesina que dice que los entierros y minas de oro son del que los encuentra.

El saco de monedas de oro era mío, según esa ley. Entonces pensé: “¿Qué vale más, una moto o un amigo? Igual que ahora me llueve oro del techo, puedo tener una moto propia cualquier día... Mejor, guardo el amigo...”.

Romelio miraba mi silencio con cara sospechosa, leyendo mis pensamientos y amontonando las monedas bajo sus asentadurías.

Nadie hablaba. Puras miradas con recados surtidos.

—Oye —dijo él por fin—, ayer leyeron en clase el Juicio de Salomón.

Yo me estaba esperando un puñete o un garabato, así que me caí rotundamente sentado. Pensé: “Este gallo no entendió ni jota de lo que dijo Salomón...”.

—Todos lo escuchamos... —dije.

Romelio se levantó.

—No recuerdo lo que pasó al final —carraspeó—, pero sí me acuerdo de que partieron al niño en dos y le dieron la mitad a cada una de las mujeres que peleaban por él...

Yo iba a explicar que la verdadera mamá... etc., etc., cuando el Romelio abrió el saco y separó las monedas en dos montones.

—Estas son para ti y estas para mí —dijo—, a juicio de Salomón.

Quedé paralelo y mudo, pero guardé en mi bolsillo el oro que me tocó. También aproveché de retarme por mal pensado, porque Romelio no era avariento, era tan justo como Salomón.

Cuando bajamos, temblaba la escalera bajo el peso de nuestros cuerpos sonoros y millonarios. Las trillizas secaban platos en la cocina y los papás dormían su siesta. Igual que otros papás creen que es el despiporre el roncar el domingo y no les interesan ni los secretos ni los misterios y prefieren roncarse su domingo.

—Tendremos que esconder nuestro tesoro —dijo el Romelio— antes de que las trillizas lo descubran...

Y entramos al cuartucho de herramientas buscando algún rincón en ese cachureo.

Resbalaba la leña, palas quebradas, fierros mohosos, sillas sin patas, cantoras sin oreja, tejas, latas oxidadas y sacos podridos. No había dónde pisar ni menos un escondite intocable.

Por fin el Romelio halló una taza de excusado quebrada y ahí vaciamos nuestro oro, sabiéndolo seguro.

Al salir nos encontramos con las alborotadas trillizas que nos andaban buscando. Proponían mil juegos y por fin, para librarnos de ellas, salimos a correr por las lomas.

—Ustedes son las liebres y nosotros, cazadores.

Resbalaban por el barro y apenas se levantaban se volvían a caer, rodando loma abajo. Los cazadores, tan embarrados como ellas, les disparábamos sin siquiera movernos, aburridos.

Nos fuimos alejando y dando vueltas por el famoso castillo, husmeando y rastreando en busca de túneles secretos.

Encontramos solo un tronquito de espino quebrado que brillaba como un vidrio, mojado por la lluvia.

—Oye —dije al Romelio—, si el avaro escondió su oro en el entretecho, es seguro que enterró algo valioso junto a este tronco. En este peladero, es lo único que plantó.

Lo tocamos. Era suave y helado.

—Es ágata —exclamé lujuriento—. Esa cuestión maravillosa que es madera hecha cristal, o sea, roca-vidrio de miles de años...

—¿Miles de años? —repitió el Romelio—. ¿Miles de años de verdad?

–Me carga ser tira pinta, pero tú me obligas –exclamé furiondo al Romelio–. Todos saben lo que es un ágata, o sea, a los que les gusta leer y averiguar.

–Lo que pasa es que tú te crees el hoyo del queque porque te gusta leer. ¡A mí no! –me interrumpió.

–No te gusta porque te cuesta. Igual que el fútbol, a uno le gusta cuando sabe chutear.

Y junto con decir esto, le di una gran patada al milañero que yo pensé tendría sus raíces en Japón...

Pero ni supo resistirme. Rodó loma abajo y aró en una poza.

Alcancé a oír la risa del Romelio, pero le duró poco porque los dos nos hundimos con suelo y todo. Seguro que desaparecí, porque cuando escupí el barro para poder respirar, Romelio se agarraba de mí para poder respirar él.

Por fin logré salir.

Una raíz larga y negra salió también conmigo. Era el Romelio.

Nos revolcamos en la hierba hasta poder abrir los ojos y mirar entre las casposas pestañas. Allá lejos divisé el tronco de ágata brillante como un sol. Parecía llamarnos.

Pero ya una vez me había traicionado haciéndome creer en su firmeza y ahora recordé que lo importante era el hoyo y su barro catalítico. En esa melcocha sopienta debía estar el tesoro que enterró el avaro y marcó con el único arbolito.

Romelio me miraba como esperando que yo decidiera y decidí:

–El hoyo no se va a mover, y puede estar más duro mañana. Llevémonos el tronco de ágata.

VIII

Corrimos loma abajo descascarándonos de barro, cada vez más livianos, hasta llegar al tronco de ágata brillante como sus soles.

Nos tiramos sobre él al mismo tiempo, seguros de levantarlo, pero fue la tremenda ensartada: pesaba como el mundo y ni pudimos moverlo. Era de verdad roca-vidrio.

¿De dónde habría sacado yo la fuerza de Superman para quebrarlo?

—Oye —le dije al Romelio—, tendremos que cavar el maldito barro antes de que se apriete sobre los tesoros.

—Yo no me meto a ese pozo nunca más —Romelio estaba muy decidido.

—Cuando se seque encima, saldrá pasto y borrará la marca del entierro. Total, eres tú el que se interesa por el oro... —Romelio parecía pensarlo.

—Da no sé qué perder ahí un tesoro enterrado. Ni siquiera es semilla para volverse árbol —dijo encaminándose al hoyo que nos había tragado.

—Eres valiente —lo alabé.

—El valiente eres tú. A ti se te ocurrió volver.

No alegué y seguí caminando. Nadie me iba a obligar a ahogarme en barro por un mugriento tesoro.

Íbamos acortando el paso poco a poco. El suelo mojado podía ablandarse otra vez y sumergirnos.

Al fin llegamos cerca, tan cerca que alcanzamos a ver los gorgoritos saposos que empezaban a apretarse para disimular la trampa.

IX

Nos quedamos mirando con respeto el brujuriento misterio de aquel hoyo rugiente. Era como un inmenso rinoceronte...

—Oye —le dije al Romelio—, ese oro que guardamos en el wáter debe ser muy valioso. ¿Por qué no te contentas con él y olvidamos esta trampa?

—Eras tú el que quería...

No alcanzó a terminar la frase porque se nos vinieron encima, quizás de dónde, las trillizas chillando como gaviotas. Las desgraciadas se iban a hundir en el maldito barro y corrimos a atajarlas.

Pero eran resbalosas, aleteadoras, aturcidas y también itinerantes. A Romelio le pegaban en la cara y a mí se me colgaban del cogote. ¿Qué se imaginaban las ultrasónicas?

—Vinimos a contarles —clamaron por fin en coro— que el papá y la mamá se divorciaron. Viviremos aquí todos juntos como antes.

—¡Es como un cuento de hadas! —saltaban una y la otra.

—Ya la mamá está ordenando todo —rugió Loreto aterradoramente.

Romelio y yo nos congelamos de susto. La famosa mamá hurgueteando en el cachureo donde guardamos las monedas de oro. Era como mucho.

Había que ir a distraerla o por lo menos vigilar sus pasos.

Romelio pensó igual y al mismo tiempo, pero no nos hablamos. Su mirada me dijo: “Cuida tú que las trillizas no se hundan”. Y partió a todo galope a cuidar su tesoro.

Yo entretanto tenía que alejar del peligro a las chinchosas...

X

Apenas partió el Romelio, me rodearon las trillizas haciendo ronda.

“Arroz con leche, me quiero casar” –chillaban a todo riñón y dando vueltas a toda vela. Era una tremenda pesadilla, dale y dale dando vueltas y saltando con violencia a mi redor.



Estábamos al ladito del pozo y en cualquier momento se las podía tragar el muy rugiente... Así que ni me movía y puramente cerraba los ojos...

–¡Ahora tienes que elegir! –chilló una y se paró la ronda.

Yo me sentí Julio Iglesias y hartó acalambrado del seso. La cuestión es que las malditas no se hundieran con todo su alboroto...

–¿Quiubo? –me preguntaban tres bocas con seis ojos encima de mis narices.

–Estoy pensando... –gané tiempo, empujándolas hacia arriba de la loma. No perdía la esperanza de que apareciera Romelio... pero nada.

Me eché al suelo y se cayeron las tres, pero escapé como un chorro de agua entre sus manos.

Corrí aturdido y frené al pelo cuando iban a caer al gorgoriento pozo.

Enganché marcha atrás y aceleré alejándome. Ya no le tenía miedo al maldito hoyo, porque alcancé a ver cómo había cambiado... Era como esa gente que después de enfurecerse se pone suave.

Al medio del barro aparecía una culebrita de agua cristalina que subía y bajaba, gorda y flaca según su pequeña altura.

El lente audiovisual de mi cerebro se había llevado esa fotocopia autodidáctica y ya no le daba yo más bola a la persecución de las trillizas. ¿Qué podía importarme el amor si de la tierra salía a mi encuentro ese tesoro vivo?

XI

He visto mil millones de caras, pero jamás una como la que puso don Romelio cuando llegó donde nosotros.

Era algo de terror-risa, perpetua, estilográfica, importada... Y no sé por dónde le salía un ruido extraño. También su señora se había hecho gelatina y se sujetaba a él con tiritones inalámbricos.

Las trillizas se aterraron y, para no ser menos, clamaban como ranas de potrero.

El aire estaba tan lleno de ruidos supersónicos que las caras de chubasco no importaban.

Por fin habló el Romelio, que venía detrás.

—¿Verdad que no es malo lo que pasa? —preguntaba—. ¿Verdad que estás contento, papá? —se carrileaba con miedo—. ¿Verdad que es bueno ver salir agua del suelo?

Pero el papá no pudo contestar.

—No es petróleo —le dije yo para tranquilizarlo—. Es apenas agua mineral.

Debe haber caído mal lo que dije, porque le vino un ataque de tos tan reventante que las mujeres dejaron de gritar para poderlo oír.

—¡Och!, ¡och! —comenzó tratando de hablar—. ¡Uch! —aclaraba su garganta tratando de hablar, pero las palabras no salían.

La re-esposa lo abrazó...

—Está muy feliz —explicó—. Para él, el agua en estas lomas vale más que el petróleo... Papelucho, ¡nos has traído la suerte! —y ya me iba a abrazar, cuando me escapé y el Romelio me siguió.

—Ellos tienen su tesoro —acezó mi amigo, trotando loma arriba—. Nosotros tenemos el nuestro.

—Te puedes dejar para ti todas las monedas de oro —le dije— pero a mí me guardas el tronco de ágata...

XII

A la gente no le gustan los cuentos felices, porque les encuentran cara de “final”. Prefieren los desastres tremendos con la esperanza de librarse de ellos.

De lo contento, no hay para qué librarse, por eso resulta mejor a veces esperar el contentamiento. Fue lo que pasó con el ágata...

Yo lo quería para mí, más que nada en el mundo.

No me preguntaba para qué...

Ahora era mío y no me servía para nada...

Porque era más pesado que el cerro San Cristóbal y solo me quedaban dos alternativas: o vivía sentado en el suelo junto a él, o me olvidaba de que lo había deseado más que nada en el mundo...

Me sentía infeliz.

Las Romelias saltaban de alegría alborotando con el chorrito de agua que brotaba de la loma, mientras sus papás hacían surcos de riego.



Yo miraba...

En esto llegó el Romelio y se sentó a mi lado. No hablamos.

Él me clavaba sus ojos como si yo fuera un chanco con alas de mariposas. No decía ni pío.

Yo lo miraba a él con la insolencia de un perro mordido.

Empezó a hacer sonar algo en sus bolsillos. No era ningún misterio. Me tentaba con sus monedas de oro...

Mis oídos se hicieron roca maciza, sin ecos. Sería que me iba a convertir en un moái pascuense.

—¡Soberbio! —me sopló a media voz el millonario y sentí fuego en las orejas, pero no lo miré.

Pasó un buen rato en que yo me había convertido en ágata para no sentir rabia. Porque estaba decidido a no dejarme tentar por la avaricia.

La vida es sorprendente y el que yo me creyera un simple avaro resultó inteligente: había adivinado lo que me estaba pasando...

Romelio me miraba de hipo en hipo.

–Oye –dijo por fin–, ¿por qué no descargas aunque sea un garabato?

–¿Y si no me da la gana? –lo miré con violencia.

–Entonces, peor para ti –y arriscó los hombros.

Yo me paré de un salto.

–Te crees la muerte con tus monedas amarillas.

–Las monedas amarillas son de los dos –me interrumpió– y me carga que me creas avaro...

Sacó de sus bolsillos dos monedas y me entregó una. Era pesada y linda, y yo la miré como varita mágica. ¿Podría comprar con ella todo lo que quería?



Me desfilaban las tentaciones de los concursos y mi pantalla de video se atoraba de cosas: la moto, el viaje a Disneylandia, un camión lleno de helados, algún crucero de verdad en alta mar y sin capitán, un trineo tirado por perros en el Polo Sur...

–¿Qué vas a comprar tú? –le pregunté al Romelio.
–Creía que tú tendrías alguna buena idea.
–No venden lo que yo quiero: ¡una varita mágica!...
–Claro que no, pero yo pienso que una moneda de estas es casi igual... –alegó el Romelio.
–No –alcancé a decir y llegaron las trillizas manoteando y hablando todas a un tiempo.
–El papá dice que vamos a ser tremendamente millonarios – explicaron– porque ha brotado agua en este campo seco. ¡No vamos a saber qué hacer con tanta plata!
Igual nos pasaba a nosotros con el Romelio, pero ellas no lo sabrían jamás.

OceanofPDF.com

XIII

Pasó una liebre corriendo a mil por hora y nos largamos tras ella. No queríamos pillarla, pero sí saber adónde iba.

Porque el asunto era urgente: se le notaba que iba atrasada y quería ganar tiempo.

Ni podíamos alcanzarla pero no la perdimos de vista. Desde lejos nos dimos cuenta de que se había asustado y tenía miedo de nosotros. Así que no iba a ir adonde iba, sino simplemente arrancar...

¿Por qué nos tienen miedo los animales? Porque hasta los leones nos gruñen y nos atacan pensando que somos sus enemigos.

Corrimos loma arriba y loma abajo, con la liebre delante a toda vela. Yo tenía puntada del hoyo de mi apéndice, pero no le hice caso.

De repente, la pobrecita se estrelló en un matorral y quedó aturdida.

Fuimos a recogerla y nos costó tremendo sacarla de las espinas. Se mezclaba su sangre y la de nuestras manos aturdidas, pero la sacamos.

—¡Está muerta! —dijo el Romelio con cara de funeral.

Ahí me acordé de que yo había decidido ser doctor y no millonario.

Entonces la examiné por si las pulgas. Le hice respiración boca a boca. La liebre abrió los ojos y los volvió a cerrar. Creo que fue para no vernos.

—Tiene shock —dije— o sea, está muerta presunta.

—¿Le haremos tratamiento? —preguntó el Romelio.

—Mejor la dejamos en observación. O sea, nos escondemos y miramos para ver si resucita cuando se vea sola.

Suavemente la tendimos en el suelo y nos quedamos aguaitando por si venía un perro a molestarla.

De repente la liebre dio un brinco y desa-pareció. No dejó en ningún lado sus huellas vegetales...

Sin pista, sin liebre y sin ganas, quedamos paralelos los dos con el Romelio.

—Este campo no es nuestro —dijo él—. Me voy —y partió.

Yo me quedé sentado mirando el suelo. Tampoco era mío. Me paré y me chorié con el famoso castillo y su campo.

OceanofPDF.com

XIV

Decidí pensar y entretenerme solo. Cuando yo sea anciano y tenga casi treinta años, quizás me haga un castillo Premio Nobel. Un castillo mundial-computador. En lugar de problemas serán puras soluciones. No tendrá ni torres ni entradas ni ventanas, pero desde adentro se verá, además del mundo, el universo. Flotará en el espacio y en el mar, rodará por tierra sin quebrarse y cabrá en él toda la gente y animales, porque será elástico.

Estaba sentado pensando en esto, cuando llegó el Romelio y se sentó a mi lado.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó curioso.

—Pensando —le dije.

—¿En qué piensas?

—Cosas... Me gusta pensar...

—¿Te crees un genio?

—¡Ganso! Todos piensan, aunque ni se den cuenta. Dios nos creó con cerebro pensante... Ahora pienso en lo rico que es decir la verdad...

—¿Cuál verdad?

—Todas. Por ejemplo, pienso que tu mamá Genara debe ser italiana y tu papá quizá si turco...

—Genara no es mi mamá...

—¡Ah!

—Es puramente mamá de las trillizas.

—Entonces, tú tuviste tu mamá propia.

—Sí, ¿y por qué eres tan preguntón?

Romelio parecía súper choreado.

—Pienso que los amigos deben saber las cosas de sus amigos.

—Yo no sé nada de ti —dijo el Romelio rabioso.

—Pregúntame si quieres...

Hizo una carraspera y preguntó:

—¿Tienes algún problema, algo terrible que valga la pena contar?

–A ratos sí, a ratos no –me reí por dentro de que hablara de problemas–. Te diré la verdad y es que hoy fui muy pero muy desgraciado en esta casa.

Se interesó al tiro:

–Cuéntame si eres mi amigo.

–Pero es secreto. Tienes que jurar no decirlo jamás. A lo mejor es pura lesera...

Con la llegada de las trillizas me libré de contarle mi tragedia con el colchón y la tremenda pesadilla de creerme guagua. Las trillizas traían un tremendo alboroto y nos mostraban algo que brillaba en sus manos.

–Miren, la mamá nos mandó a sacar mugre del guardadero y nos encontramos esto –y metían las narices en las viles monedas de oro.



–Son de nosotros –dijo el Romelio–. Las guardamos ahí.

–¿Y quién se las dio? –chilló la Trini.

–El destino. La gente no regala este tipo de cosas –Romelio estaba furioso.

–El destino nos las dio ahora a nosotras –sacó pica una trilliza.

Romelio se puso blanco. Me convencí de que él es de esa gente que cree que para pasarlo bien hay que tener plata.

Romelio se había sentado en una piedra, súper pálido.

—Oye —le dije en su negra oreja—, me encargaré de que te devuelvan tus monedas. Por las malas o por las buenas. Son todas tuyas.

Su oreja sudaba. Su nariz sudaba y sus ojos también. Estaba mal de verdad y, a lo peor, se estaba muriendo.

Quizás era nuevamente un shock como el de la liebre, pero no me atrevía a hacerle respiración boca a boca.

—¿Qué te pasa, hombre? —lo remecí—. ¿Estás aturdido?

No alcanzó a contestarme y rodó piedra abajo.

La Trini lo atajó. Hurgueteó en su bolsillo y le metió un frasquito en la boca.

—¿Qué le estás dando? —le pregunté furiondo.

—Azúcar. Le falta azúcar y por eso se desmayó.

Poco rato más tarde, Romelio se desdesmayó y, poco a poco, se fue despalideciendo. La Trini partió con sus hermanas sin ni mirarlo de nuevo y menos acordarse más de él.

Romelio me miraba con ojos de carnero y yo lo miraba a él con ídem. Le temblaban las manos y tenía que sujetarse la una con la otra. Cuando dejaron de temblar, se levantó, se estiró y sonrió de mala gana.

—Oye —me preguntó—, ¿soy tu mejor amigo?

No alcancé a sacar la cuenta si él era el más mejor.

—Ejem —contesté, que sirve para estos casos y pregunté—: ¿por qué?

—Porque si eres mi mejor amigo, voy a contarte algo que es secreto. ¿Me juras no contarlo?

Levanté la mano, como los testigos que salen en la tele.

—Tengo diabetes —dijo solemne y se quedó mirándome.

Yo esperé mirándolo también.

—Te dije que soy diabético —y pateó el suelo con rabia.

—Ya te oí...

—Bueno, di algo entonces...

¿Qué podría decir si no tenía idea qué era esa cuestión? Y no me gusta pensar mal de la gente. Así es que me tiré a lo bueno.

—Supongo que será algo como superdotado... —comenté—, pero el Romelio me cortó en seco.

—¡Es una enfermedad, idiota!

—Ya, pero no me idiotices tampoco. Yo también soy enfermo y soy dixeleso y no por eso me creo el hoyo del queque.

Poco a poco se le aflojó el enojo y se rio.

—Hay hartos cabros con diabetes y otros con soplo al corazón.

—Cada uno tiene lo suyo... Entonces, ¿por qué tanto secreto?

—No quiero que me frieguen en el colegio. Ahora, ayúdame a recuperar mis monedas...

Y partimos a buscar a las trillizas.

OceanofPDF.com

XV

Había que actuar como sabuesos para quitar el oro a esas mafiosas y usar mucho la inteligencia. Lo malo es que la mía había quedado completamente ocupada con la enfermedad del Romelio.

Las chiquillas estaban jugando haciendo rodar las monedas en el barro. Nos sentamos a mirarlas, igual como miran las ovejas, estupidizadas, mientras esperan que crezca el pasto en las lomas.

—¿Quieres jugar? —me tentó una trilliza haciendo relucir las monedas en su mano.

—Si no es fome el juego... —me hice de rogar.

—Te la puedes ganar —y explicó sus reglas... y, claro, me la gané.

—¿Es mía de verdad? —le pregunté.

—Sí, claro. Te dejé ganarla. Ahora tienes algo mío.

Otra trilliza vino y me tentó de nuevo y le gané. Y la tercera me regaló generosamente una moneda.

Me puse avariento de nuevo. No por mí, sino por el Romelio.

—¿Tienes más monedas?

—No, se las guardó la mamá.

—¿Dónde las puso?

Se hicieron las inteligentes y se miraron.

—Si adivinas, prometemos decir sí...

—Las tenga donde las tenga, igual son del Romelio.

—¿Por qué del Romelio? —dijo una trilli.

—Porque él las encontró.

—Las encontramos nosotras escondidas en la taza del WC viejo.

—Porque el Romelio y yo las guardamos ahí cuando él las descubrió —la contradije. Y le entregué a mi amigo las tres monedas. En ese momento y de un manotón, las trillis se apropiaron de las monedas y salieron arrancando hacia el castillo. Yo partí a toda vela para alcanzar a las ladronas y vi que el Romelio se quedaba atrás. Quizás él no quería pelea.

Las pillé en la cocina. Doña Romelia estaba revolviendo una masa enorme. Estaba formando un pan grandote para esconder las monedas de mi amigo... Yo me armé de valor:

–Señora –le dije a la amasadora–, todas estas monedas son del Romelio porque él las encontró cuando parchamos las goteras.

Ella no dijo nada. Siguió amasando interplanetaria y mirándome con un solo ojo porque el otro lo clavó en el Romelio que entraba en la cocina.

–Si mete ese pan al horno –dijo Romelio con sabiduría–, el metal se va a hinchar con el calor y reventará la masa...

–O pueden derretirse las monedas y con la harina se descompone el oro –me carrilié yo...

Los ocho ojos de mujeres mudas se clavaron en la puerta por donde apareció el orangután...

–¿De qué monedas hablan? –preguntó.

Sin responder, la doña Genara levantó el pan y lo dejó sobre un aparador muy alto. Luego amasó sus manos haciendo viruta con la masa que tenía pegada. Nadie le había contestado al dueño del castillo, y ahora éramos seis los que, como una banda secreta, íbamos a ponerles candado a nuestros labios.



XVI

Para el té, en vez de pan, nos dieron lulos de masa azucarados. Eran los pegotes de los dedos de la Genara, y aunque las trillizas se los comían felices, Romelio y yo no los probamos aunque las tripas nos sonaban de hambre.

–Genara es muy capaz de comerse el pan crudo y tragarse mis monedas –dijo el Romelio–. Si de verdad eres mi mejor amigo, es el momento de quitárselas.

Pensé a chorro en algún plan.

–Antes de que el pan se ponga duro, hay que sacarle las monedas y llenarlo con piedras.

–Lo malo es que siempre hay alguien en la cocina –dijo el Romelio.

–Podríamos hacer un incendio por fuera...

–Entrarían a la cocina a buscar agua...

Pero, milagrosamente, el don Romelio discurrió sacar a pasear a las mujeres. Y al poquito rato se sintió la explosión del cacharro que partía con su molesta carga.

Mientras el Romelio operaba sin anestesia el gran pan, yo me fui a mirar el viejo tronco de millones de años que ahora era mío. Di vueltas a su alrededor dándole despreciativas patadas para probar su resistencia. Lo malo fue que su resistencia era poca y a la tercera patada, se vino al suelo y quedó ahí plantada una larga espina como punta de lanza. El tronco de ágata botado se bamboleaba como una foca.

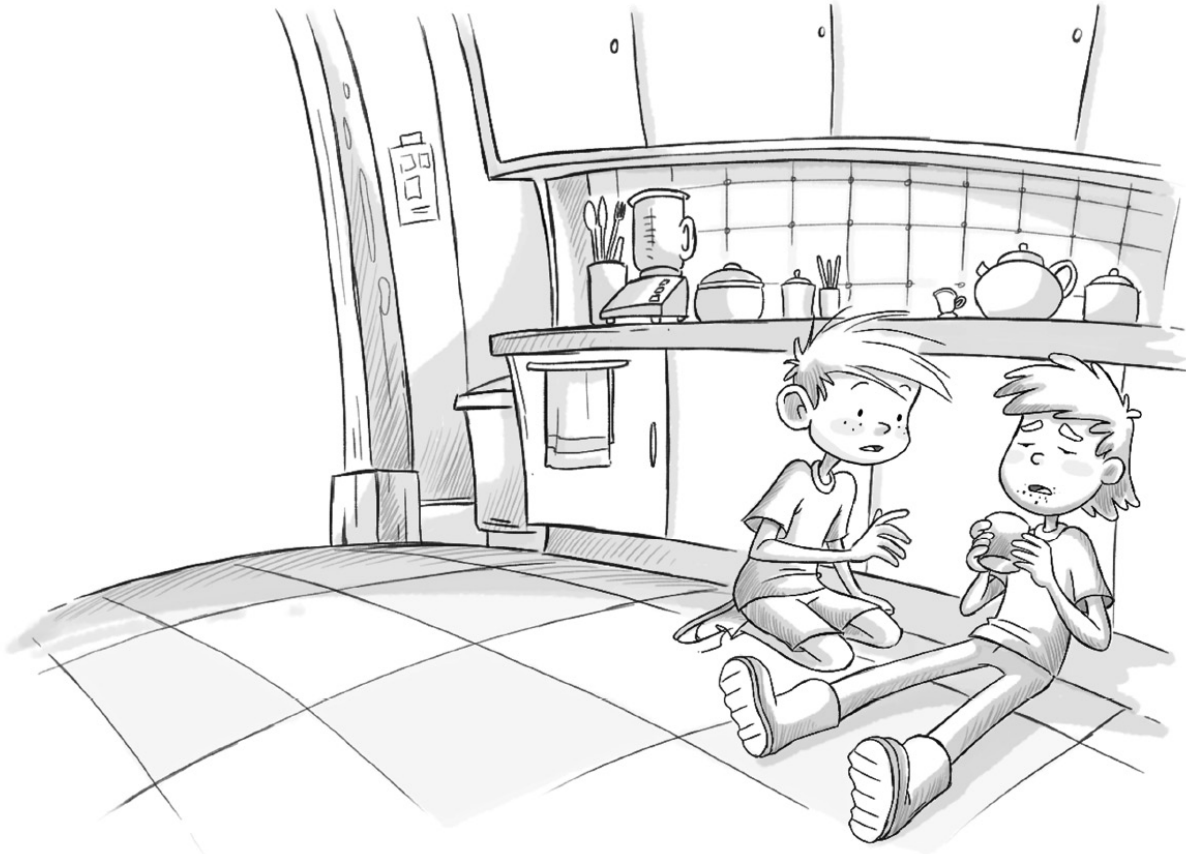
El Romelio juntaba la masa que no quería unirse. El pobre transpiraba mientras la masa se abría y se abría. A sus pies, las monedas pegoteadas de masa.

A zapatazos logré juntar el pan con las piedras adentro. El Romelio, sentado en el suelo, manoseaba las monedas... Otra vez estaba pálido y transpiroso.

–¡Pajarón! –lo sacudí–. ¡Pueden volver y nos pillan!

Me miró sin contestar. Estaba evaporado y me acordé de su mal. Si él me había confiado su secreto, yo tenía que ayudarlo.

Estaba obligado a ser su doctor. Puse el azucarero en sus manos y él se llenó la boca. Poco a poco le volvieron los colores.



—Me sentí mal por no comer pan a la hora del té —se excusó.

Lo miré con mi auscultador electrónico, de hipo en hipo.

—Si tienes que comer pan, ¿por qué no comiste?

—Me dio asco el pegote de los dedos de Genara.

—Es peor andar muriéndose —lo reté.

Recogió a escape todas las monedas y, con ojos brillantes, me dijo:

—Hay que esconderlas antes de que vuelvan. ¡Piensa dónde!

Y pensé.

—Creo que el estanque del wáter es lo más seguro. Quién mete mano ahí.

Corrimos al baño, pero la mala suerte: el estanque del baño no tenía tapa.

Nos miramos como náufragos en medio del mar. ¿Dónde podríamos esconder el vil tesoro del Romelio?

–Aquí nada es seguro. Ni siquiera un colchón pulguiento –dije.

–Aquí y en cualquier casa... Quizás en ese pozo podrido que descubriste antes.

–Tus monedas son tuyas –contesté–. ¡Puedes bajarlas tú mismo!

Meneó la cabeza y por fin dijo:

–Guardémoslas entre las raíces del espino que te di –y volamos en busca de herramientas.



Al poco rato escarbábamos junto a la lanza de ágata. La tierra estaba blanda con la lluvia. Yo picaba y él sacaba la tierra.

Cuando el hoyo estuvo listo, echamos las monedas y las tapamos bien. No se notaba nada.

–Esta espina servirá de marca para saber dónde están –dijo Romelio– y apisonamos otro poco el suelo.

La tierra se hundió un poco y al echarle más y apisonarla, se oyó un ruido misterioso. Algo metálico cayó subterráneamente.

–¡Las monedas!... –gritamos los dos a un tiempo. Discutimos si abríamos de nuevo el hoyo. Podían llegar y pillarnos en la tarea.

En ese momento sentimos llegar el auto. Disparamos corriendo para llegar al otro lado del castillo.

Genara entró la primera en la cocina y apareció con ojos de huevo frito:

–¡Romelio! ¡Papelucho! –chilló–. ¿Dónde está el pan?

En sus manos furiondas se veía que tenía ganas de ahorcarnos.

Fuimos con ella a mirar en donde estuvo el pan. Ahora había solo unas cuantas piedras y migas por todo el suelo.

–Lo habrán comido los ratones –dijo Romelio con calma.

–¿Piensan que voy a creer que los ratones se han comido el oro y han traído piedras?

Y se cayó desmayada de la pura rabia.

XVII

—¿También tiene diabetes? —le pregunté al Romelio.

—Ni idea —dijo él arriscando los hombros.

—Démosle azúcar por si acaso —propuse—, aunque no hay mucho apuro en que resucite.

Romelio le echó azúcar en la boca y los alrededores, y partimos pensarosos. Primera noticia que tenía de que el castillo, además de los tesoros, tenía ratones escondidos. Aunque podrían ser duendes...

Y volvimos donde quedó la lanza de ágata que guardaba nuestro entierro. Era muy raro: la espina de ágata se veía inclinada, apuntando al sol que comenzaba a hundirse.

Corrimos. Cada vez se iba inclinando más, pero alcanzamos a sujetarla cuando ya estaba oscuro.

—Hay que cavar al tiro para enderezarla, puede romper las raíces y abrir el tremendo hoyo...

Mientras lo decíamos, la lanza se vino al suelo y caímos con ella. Más allá se levantaron la tierra y sus raíces.

—Necesitamos ayuda —dijo Romelio—. Voy a llamar al papá —y partió corriendo.

Yo contemplaba estético los negros dedos que habían sostenido el espino bajo tierra: la punta de la lanza se había hundido en el hoyo que recién tapamos. Por suerte no se veían las monedas.



Fui a examinar las raíces en el otro extremo del tronco, metí la mano en el hoyo que dejaron y saqué un casco de metal.

Ahora entiendo la señal... El espinoso marcaba la tumba de algún guerrero famoso. Un capitán español, seguramente.

No quise seguir escarbando; tenía miedo de encontrar su calavera sonriente.

Romelio se acercaba con su padre y me quedé paralelo, casco en mano, esperando lo que iba a ocurrir ese hombrazo. Mi amigo le preguntaba:

—¿Verdad que el que encuentra un tesoro es dueño de él?

—Sí —añadía el gigante—, es dueño si el terreno es suyo.

—Pero lo de los padres es también de sus hijos, ¿no? Este terreno es mío porque es tuyo, papá. Por eso, si encuentro algo es mío, ¿no?

Le entregué el casco al viejo, pero lo miró apenas y lo tiró lejos.

—Estaba enterrado —le expliqué—. Apareció cuando se cayó ese tronco.

—No sigan destapando basurales —carraspeó antes de marcharse.

El mismo casco nos sirvió para seguir cavando en el barro. Iban apareciendo pedazos de armadura, guantes, cinturones, pechera pechugona y, por fin... ¡las monedas del Romelio que se corrieron bajo tierra!

Vimos venir corriendo una trilliza y con violencia nos sentamos sobre los tesoros.

—¡A la mamá la mordió un ratón! —exclamaba alborotada—. Ellos se comieron el pan y desparramaron el azucarero. Dice el papá que fue un asalto de ratones...

Dio su noticia y partió. Y por suerte, porque dolía estar sentado en esas cosas de acero.

Encontramos un saco, lo echamos todo y lo llevamos a la maleta del auto. Mañana veríamos qué hacer con él.

Genara tenía una telaemplástica en la boca y no podía hablar. Las trillizas barrían la cocina del azúcar, piedras, migas y caca de ratón.

Nosotros nos sentamos a ver hundirse el sol.

—¿Son venenosos los ratones? —me preguntó Romelio—. Si vas a ser doctor, debes saberlo...

—No matan, pero dan fiebre —contesté.

—¿De veras eres doctor? —me miraba raro.

—Todavía no. Pero como voy a ser, ya he aprendido bastante. A ti puedo mejorarte.

—¿Vas a ser médico por mí?

—Por ti y por otros enfermos. Es un mandato, aquí dentro.

—A mí me cargan los hospitales, las camillas y los doctores de blanco —dijo él.

—No voy a ser de hospital —le expliqué—. Sanaré a los enfermos en su casa. Nada que ver con algodones y frascos.

—Creí que ibas a juntar cosas de museo...

—Yo también lo creí antes. Ahora pienso que es más chori sanar gente que desenterrarla. Uno cree encontrar tesoros, pero hay otros que piensan que son porquerías.

—¡Mi papá cree que todo es porquería! —dijo Romelio.

—El mío no. Él computa todo en su calculadora. Yo pienso sanarte así. La computadora arregla tu mal a puro cálculo. Oye, ¿qué es la diabetes?

—Algo así como que mi carburador funciona mal.

—¿Por eso te dan azúcar?

—Es que me ponen insulina todas las mañanas y eso quema azúcar.

—Y después te meten azúcar... Es como de locos.

—Sin insulina me azucaro mucho...

—No entiendo nada, pero voy a sanarte.

—¿Cómo?

—Ya te dije. ¡Meto los datos en el computador del papá y listo!

—¿Y no tendré que ponerme más insulina?

—Nunca más.

—¿Cuándo vas a sanarme?

—Tal vez el martes...

—¡Ya! Serías harto famoso si te resulta. Hay montón de gente con diabetes. Algunos muy importantes: escritores, pintores y ¡hasta genios!

—En ese caso, si quieres no te sano. Es cuestión de que tú elijas.

Romelio pensó un poco:

–Mientras estoy en el colegio, quiero estar sano. Después quizás prefiera ser genio...

–Buena idea. ¡Ahora olvídate!

Al Romelio se le llenó la cara de risa.

–Seré campeón de los cien metros –dijo feliz.

Conténtate con ser genio esta semana, hasta que yo te sane, porque después vas a ser igual que todo el mundo.

Las trillizas llamaron a comer. Genara en la cocina, con su boca tapiada, lloraba a pura lágrima revolviendo la olla. Su pena eran las monedas desaparecidas y no poder pedirle ayuda al orangután de su marido.

Cuando nos fuimos a la cama, me preguntó Romelio:

–¿Qué pasará con el saco de tesoros? El papá te lleva al colegio.

–Le encargaré que me lo cuide al Tomate, ese gallo coloradito que vende fruta al frente.

–Pero...

–Oye, no porque es pobre va a ser ladrón. Si fuera ladrón, no sería tan pobre...

–Cierto...

XVIII

Esa noche tuve un sueño profético.

Estaba solo en mi casa y de repente se me acercó la computadora del papá. Venía con una señora de vidrio muy pituca y con la nariz filuda como aguja.

—¿Quién es ella? —le pregunté a la calculadora.

—Soy la Insulina —contestó la pituca coqueteando.

—¡Ah! —fue todo lo que dije.

—¡Estúpido! ¿Qué sabes tú de mí, intruso?

No era mucho, no tenía por qué enojarse. No era ningún insulto.

En eso apareció el Romelio todo de caramelo disparando azúcar como si fuera insecticida. La pituca de vidrio lo abrazó y el pobre Romelio se convirtió en el puro palo del caramelo.

—¿Te lo devoraste? —le pregunté a la Insulina.

—¡Ajem! —dijo ella con voz de vaquero del oeste—. Le salvé la vida.

Me la quedé mirando despistado. ¿Cómo entender el asunto de mi amigo?

—¿Qué pasa si tú desapareces? —le pregunté.

—Tu amigo se embroma. Sesos de dulce, sangre de almíbar. No puede funcionar...

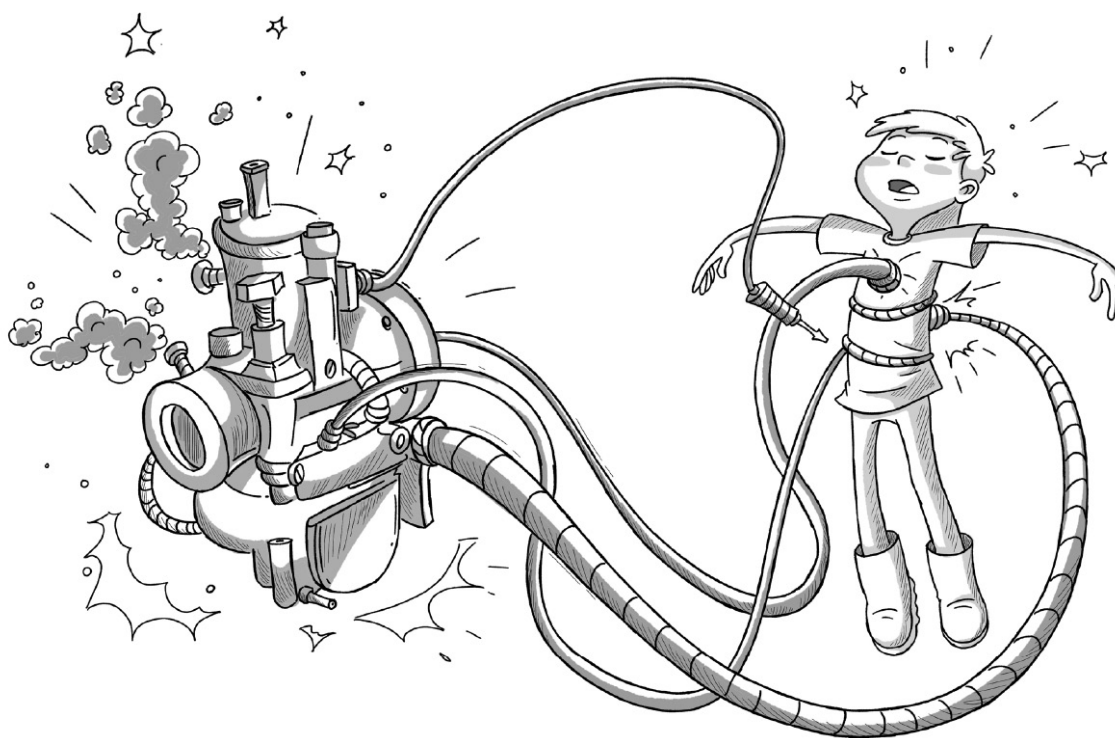
—Tampoco puede si tú le quitas todo el azúcar —alegué.

—Ahí está el asunto. ¡Equilibrio!... Regular su carburador... —y soltó la risa.

En eso apareció un tarro negro lleno de mangueras y pernos.

—¡Soy el carburador! —clamó, creyéndose la muerte. Se acercó al Romelio y lo levantó del suelo.

Le conectó sus mangueras, apretó algunos pernos y mi amigo comenzó a funcionar y la computadora también.



Daba chispas y saltaban números, letras, signos: el despique. Parecía una noche alborotada con revolución de estrellas locas. Daba miedo.

Los ojos del Romelio me miraban aterrados y yo, como no supe qué hacer, decidí despertar. Y desperté.

El papá del Romelio estaba junto a él y acababa de ponerle la inyección de insulina.

Había que vestirse a todo escape y partir al colegio, pero mi cabeza estaba toda revuelta con el sueño, las estrellas, la Insulina pituca, etc., etc., etc.

Al llegar al colegio, bajé el saco junto a mi bolsón y ahí me acordé de que ni habíamos hecho las tareas. Las trillizas se aprovecharon y me dieron un beso al despedirse. ¡Y me fregaron! El Urquieta las vio y empezó a chantajearme al tiro. Le mandé un sacaso, o sea le golpeé las piernas con el saco del tesoro y lo dejé sobándose. El Tomate me guardó mis armaduras y yo tenía todo el día para pensar cómo llevármelas a la casa y buscar dónde esconderlas.

Tuve suerte, porque con la lluvia se había hundido el techo de mi clase y la pobre profe nos echó al patio a hacer gimnasia y juegos. Yo aproveché para encerrarme en el baño y hacer una tarea. Una es más que ninguna.

Cuando tocaron la campana para irnos, se me acercó el Romelio:

—Oye —me dijo—, conseguí permiso con el papá para alojar en tu casa. Así podemos llevar entre los dos el saco y esconderlo.

—¿Y tu insulina?

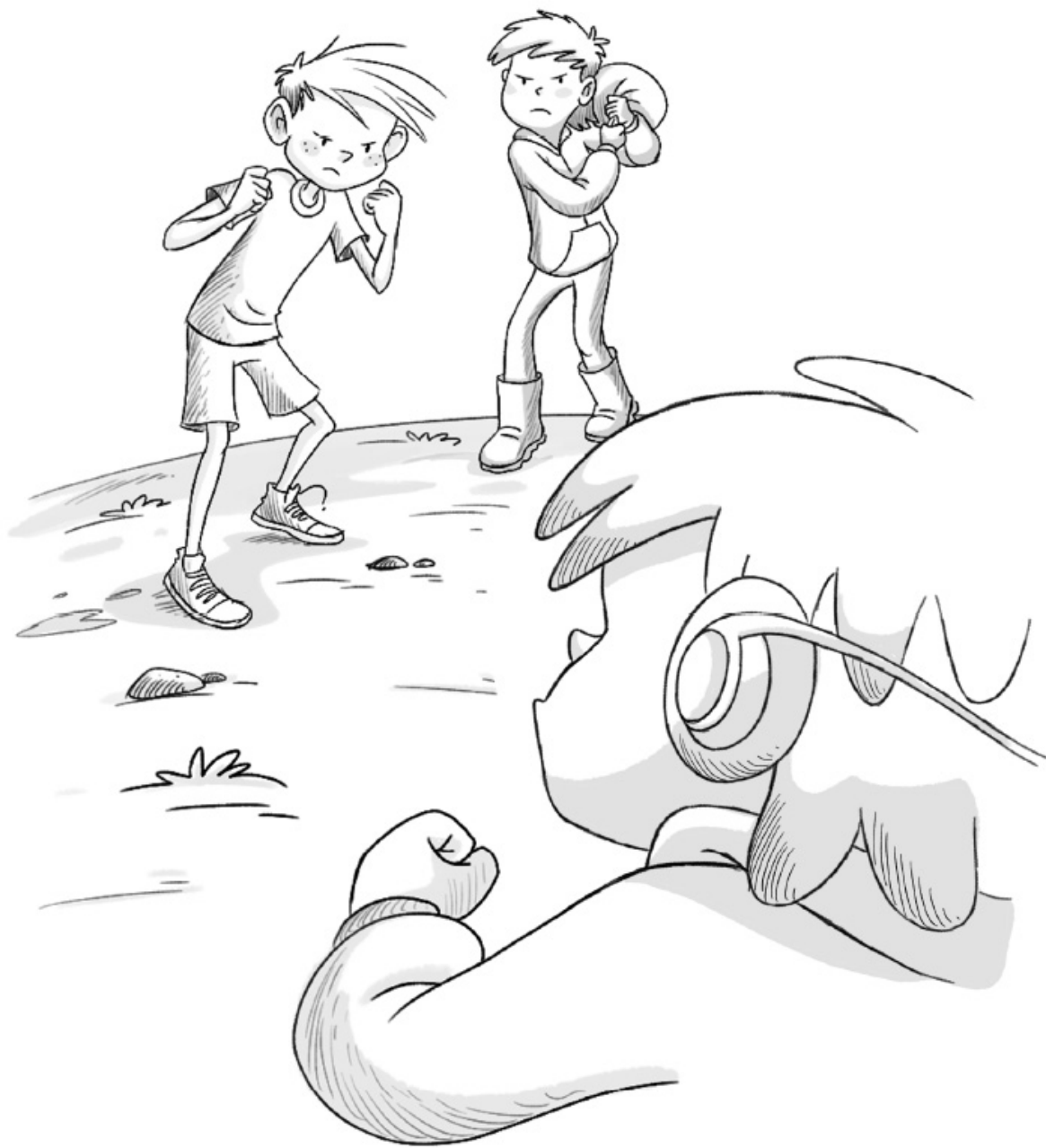
—Viene mañana mi papá a ponérmela, antes de entrar a clase.

Así que partimos con el sonajero y el saco y sus tesoros.

No habíamos andado mucho, cuando nos asaltaron. Era un grupo de cabros que salieron de la librería. A la cabeza, el Urquiza gritando:

—¡Vendemos besitos! ¡Aquí un saco de besitos! ¿Quién quiere besitos gordos y sabrosos?

Y comenzó el puñeteo. Éramos solo dos contra cuatro, pero enclenques, pelucones y cobardes. Nos defendimos bravamente a patadas, protegiendo el saco y garabateando. Nuestras piernas llegaban a relinchar de furor y los asaltantes tuvieron que arrancar.



XIX

En la puerta de la casa estaba la Domi golpeando locos que compró en la feria. A ella le gusta mostrar su fuerza y también que los vecinos vean que comemos cosas ricas.

—¡No me diga que trae más locos! —exclamó al ver nuestro saco.

—No, Domi, estas son jaibas —la embromé.

—Guárdelas para mañana. Con un marisco es bastante por hoy.

—¿Dónde las guardo? —le pregunté.

—Amarre bien el saco y lo esconde —bajó la voz—. Mire que llegó su hermano hippie y es capaz de comérselas vivitas.

Arrastramos el saco y lo escondimos debajo de mi cama. Costó meterlo porque había ahí tantas cosas guardadas desde que yo era chico. No es culpa de la Domi si no barre: ¡Yo se lo tengo prohibido!

Javier estaba acostado en el suelo del living, cara al techo. Dormía con los ojos abiertos, como siempre. La Ji pasó por encima de él sin que la sintiera y vino a abrazar al Romelio.

—¿Eres el amigo nuevo? —le preguntó—. ¿El que tiene un castillo?

Romelio se puso rojo y la hizo a un lado. Ella sacó un chocolate de su bolsillo y se lo ofreció.

—¡Gracias, no! —dijo Romelio muy seco.

Por poco le explico la cuestión del Romelio que no puede comer dulces, pero me frené a tiempo.

—Tú me gustas —le decía la Ji—. Cuando me case, voy a elegir un marido que no coma chocolate, como tú. —y sacó otro.

Cuando se lo llevaba a la boca, se lo arrebaté y me lo comí.

—Anda a jugar —le dije—. Deja en paz al Romelio. No le interesas. La Domi está cocinando locos para Javier, son del mar...

En la cocina la Domi los estaba lavando. Parecían pezuñas de caballo.

—Los compré para Javierito. A él le gustan.

—Y a nosotros también —dije a la Domi.

—Yo creo que no van a alcanzar —dijo mirando a Romelio rotundamente.

— Sí alcanzarán, Domi, tú eres maga y nadie queda con hambre en esta casa...

Javier roncaba todavía cuando pasamos por encima de él. Llevé al Romelio a ver la intocable computadora del papá.

—¡Este es el cerebro del mundo! —le expliqué—. Hasta las deudas del papá y la mamá se pagan solas con esta maquinita. Tú vas a mejorarte cuando el papá te compute.

Romelio la miraba con susto y respeto, igual que yo. En eso apareció la Ji y con sus dedos chocolateados le apretó teclas y cuestiones, como quien toca el piano. La computadora empezó a trabajar y no paró nunca más. La Ji saltaba de gusto.

Le amarré las manos atrás con mi cinturón y la reté furiondo. Ella se fue a sentar encima del hippie y también se durmió.

Los locos estaban ricos y alcanzaron, pero la computadora seguía trabajando cuando nos fuimos a acostar.

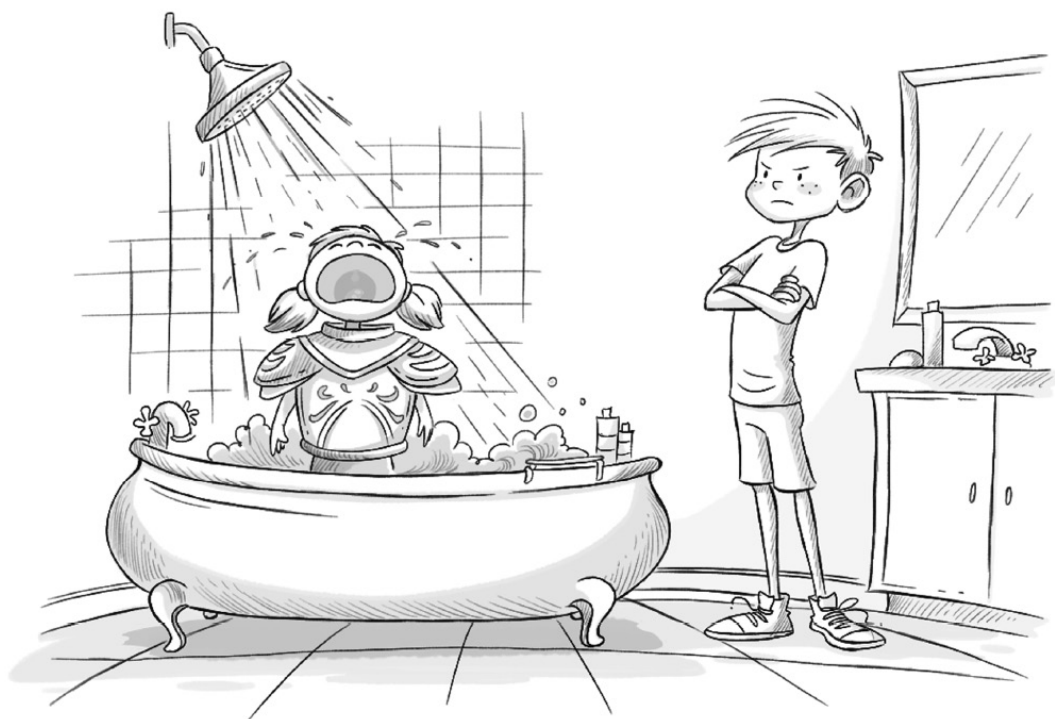


XX

¿Qué hace un hermano que tiene una hermana hipertinética, superfrita, ezquisacápica e intrusa?

Porque a media noche, la Ji nos despertó a los dos con el Romelio vestida con la armadura que traíamos en el saco. El papá y la mamá no llegaron a comer, y volverían tarde. Javier, el hippie, había partido apenas se comió el platón de locos que le sirvió la Domi y ella, a esa hora, tiene clase de gimnasia mental que termina también tarde. Así es que estábamos solos los tres y la computadora.

No nos despertó la sonajera de latas de la Ji en la armadura, sino sus sacudones y carcajadas.



El Romelio saltó buscando el saco para encontrar sus monedas, mientras yo pesqué a mi hermanita, la puse bajo la ducha y con

armadura y todo largué la lluvia en su cabeza. Era el verdadero discurso que ella merecía, por fregar.

La catarata de agua en la armadura parecía chicharra celestial, y los gritos de la Ji eran de festival de ópera.

Romelio se había puesto nervioso y para asegurar sus malditas monedas había decidido tragárselas. Claro, que a la primera se ahogó definitivamente y llegó al baño con tamaña boca abierta, los ojos hueros y morado de no poder respirar.

Por suerte me di cuenta de lo que pasaba y lo pesqué de las patas y de cabeza quedó bajo la ducha. La Ji se resbaló encima y lo hizo atorarse. La moneda salió de la torpe garganta y fue a colocarse de tapón en el desagüe. Todo se volvió entonces, sacarla de donde se había encajado.

La Ji tiró lejos su armadura y poniendo su boca en el resumidero, aspiró haciendo de sopapa. La moneda le quedó pegada a ella y claro, arrancó a perderse.

Romelio la alcanzó, logró quitársela y entre los dos echamos todo el tesoro al estanque del wáter de esta casa (aquí tiene tapa) y quedó muy seguro.

La Ji llegó a mi cuarto muy llena de misterio.

—Qué pena —le dijo a mi amigo—, varias monedas se me fueron para adentro y tuve que tragármelas.

Sabíamos que no era cierto, aunque la Ji tiene garganta de alcantarilla.

Lástima que te va a doler mucho el estómago —le dijo Romelio.

—Ojalá porque así te las puedo devolver —contestó ella.

Volvimos a meter la armadura al saco y a empujarla en mi bodega bajo la cama. El problema ahora era conseguir que la Ji se fuera a dormir. En cualquier momento iban a llegar los grandes de la casa porque la radio de la Domi en la cocina estaba haciendo sonar las doce de la noche. Ya se oían frenadas y aceleradas a fondo.

—Duérmete, Ji —le dije a mi hermana—. No te gustará que te encuentren levantada y mojada...

Partió muy obediente y nosotros también nos acostamos.

Ya había apagado la luz, cuando me despertó el Romelio...

–Oye –me dijo–, mañana me toca examen y mi papá me encargó que no olvidara llevarle mi frasquito con pipí.

–Llena tu frasco y déjame dormir –le contesté.

–Es que hice recién y no me acordé...



En eso apareció la Ji con su cantora:

–Aquí tienes el mío, recién hecho –ofertó.

–Pero no es lo mismo –dijo el Romelio mirándome.

–Soy tu doctor –le dije–. Yo soy responsable, y si te voy a manejar con la computadora...

El Romelio llenó su frasquito y la Ji se fue a dormir feliz.

En ese momento giraba la llave en la cerradura y entraban el papá y la mamá. Con buen apretón de ojos dormíamos todos cuando apagaron las luces.

OceanofPDF.com

XXI

Creí que aún era medianoche cuando me despertaron unos tremendos golpes. La puerta de calle se venía abajo a trompadas. Salté al suelo y fui a abrir. No estaba oscuro, pero mi sueño era con asaltantes y, claro, pensé que era la policía...

Pero no. Era el orangután, el papá del Romelio, que entró y me empujó a un lado.

—No conozco las costumbres de esta casa —dijo—, pero creo que las diez de la mañana es buena hora para levantarse. ¿Dónde está mi hijo?

—Aquí, papá. —El Romelio se ponía apurado los pantalones...

—Dos horas te esperé en el colegio —resoplaba— para hacerte el examen...

Romelio le pasó el frasquito que había llenado la Ji y el caballero comenzó a zambullir en él una cintita que traía en el bolsillo. La metía y la sacaba y la volvía a meter.

—Vaya, vaya —dijo mirándola mucho—. No habrá inyección de insulina por hoy. ¡Pero colegio sí!

Y de una oreja nos echó a su cacharro y nos llevó al colegio. Ni nos dio tiempo para explicarle que nos acostamos muy tarde.

El colegio era la reverenda crema. Estaban demoliendo nuestra sala de clase y el tierral era como de bombardeo. Nos habían metido en el kínder y mandaron a los peques con su profe a jugar a la plaza.

Las mesitas enanas y sillas paticortas nos retroaniñaron y al poquito rato todos escribían puros palotes y no sabían ni leer.

La profe se levantó furionda y disparó un discurso retándonos, pero casi toda la clase se largó a llorar. Entonces salió con toda su ira y nos encerró con llave.

Apenitas salió se acabó el llanto y haciendo fila india, pescados uno tras otro, partimos haciendo trencito y culebreando entre mesas y sillas. La gritería era atroz cuando se abrió la puerta...

El director en persona entraba con cara dura. Quedamos paralelos.

—A sus puestos —bufó—. Por hacerse los graciosos, tendrán una hora más de clase.

Por encima de sus anteojos nos miraban sus ojitos puntudos. Miraba y miraba sin decir ni pío, mientras esperábamos como una hora entera.

De repente, tomó del codo a la profe y la llevó a una esquina.

Le decía un secreto que no acababa nunca... Ella decía que “sí” con la cabeza y, claro, pensamos que era cosa de amor.

—Niños, el señor director ha decidido cambiar el castigo. Despejarán la clase de las mesitas y sillas y traerán los pupitres que les corresponden.

Apenas salió fuera el director, empezó el acarreo de sillitas, con estrellones, costalazos y demases. La profe trataba de hacerse oír, pero el ruido era atroz. Las sillas cambiaban de lugar pero la sala se llenaba más.

Vi que la profe sonaba sus negros lagrimones de rímel y me dio pena y traté de ayudarla. Me subí a una mesa y haciendo corneta con las manos chillé:

—¡Basta! —y los hice mirar a la profe llorando. Entendieron y en un minuto apilaron en una esquina las mesas y en otra las sillitas y despejaron la sala. La cara de la profe era un borrón tiznado, pero sonriente y ella misma ayudó a traer y ordenar los pupitres.

Y comenzó la clase. Todos muy serios, verdaderos “niños buenos”.

—Quiero una composición muy corta. La experiencia de esta mañana: “lo que es cooperar”.

Todos se largaron a escribir. Yo me demoré en empezar, porque la cuestión de que la composición fuera corta era difícil.

Cuando recibió las hojas, eligió la mía por ser la más corta. Y leyó: “Cooperar es revolverla y después desrevolverla”.

—¡Papelucho! —exclamó, y me quedó mirando.

—Usted pidió que fuera corta y lo que pasó esta mañana...

Puso a un lado la hoja y leyó otra: “Esta mañana nos achicaron. Nos metieron al kínder. Eso no es cooperar. Es al revés”.

La profe leyó la hoja de Urquieta: “Cooperar es una cuestión como la Cooperativa Vitalicia, o sea, puede ser radio o también Unicoop, Pepsicoop, Copec, Codigas, etc., etc. Todo se vuelve Coop porque estamos en el Coopmundo”.

Parece que se acordó de algún chiste porque se rio.

Todos llevaban su hoja menos el despistado de Romelio, que dale que dale con seguir escribiendo.

—¡Romelio! —llamó la profe—, pedí una composición corta.

Pero él siguió escribiendo sin siquiera contestar. A ella le dio pica:

—¡Romelio!, trae tu hoja —ordenó.

Mi amigo estaba sordo porque siguió escribiendo. Lo miré con violencia. Todos también lo miraron. Se había vuelto estatua. Estatua de escritor... Entonces me cayó la teja. Me acordé de su mal y también de que yo era su doctor. Entendí que lo estaba pasando mal o que a lo peor se había muerto... Sus manos amarillas estaban apuñadas...

Salté a su lado y empecé a remecerlo, pero se vino al suelo sin soltar ni lápiz ni papel. Parecía como de hueso, blanco-amarillo.

Yo había quedado de pasarlo por la computadora y ni me acordé de hacerlo. Yo, su doctor. El único que sabía de su enfermedad y para peor no lo podía contar porque había jurado guardarle el secreto.

—Se ha muerto por mi culpa —pensé—, por mi grandísima culpa.

En ese momento, la profe me dio un empujón y le tomó el pulso.

—Es que yo no más sé lo que tiene Romelio —alegué.

—¡Y yo también lo sé! —dijo ella poniéndose capitán de buque. Ella y yo le metimos la mano a los bolsillos y sacamos el frasquito con azúcar. Entre los dos tratamos de hacérsela comer. Pero tenía la boca y los ojos apretados. También las manos.

Se acercó la clase entera y ni se podía respirar. Puros cogotes largos, ojos con susto y bocas idiotizadas.

—Ayúdame a llevarlo —me sacudió la profe y lo pesqué de los zapatos mientras ella trataba de levantarlo. Todos querían “cooperar”, así que a la profe le tocó la pura cabeza para llevarlo.

—¡Rápido, a la enfermería! —ordenó como si fuera general, y el pelotón de acarreo trotó bajo su mando.

Lo malo es que nadie sabía dónde estaba la enfermería, así es que cada uno tiraba para un lado distinto y casi descuartizaban al Romelio.

Por fin llegamos al cuartucho con su temible Cruz Roja. El doctor le estaba sacando una espina a un guailón acostado en una camilla.

–¡Shock diabético! –gritó la profe delante de todos y al gallo de la espina lo destronaron electrónicamente. Tendieron con reverencia a Romelio en la camilla.

Yo pensaba entre mí: “Es demasiado tarde... Romelio está fallecido y no tiene caso”.

–Hay que darle azúcar –dije al practicante.

–Y tú, ¿quién eres? –me preguntó mirándome por encima de sus lentes.

–Su amigo, pero viví con él y me contó todo...

El practicante pellizcaba al pobre muerto y lo forzaba a abrir los ojos con dedos peludos.

Yo le pasé el frasquito con azúcar.

–Siempre le dan azúcar cuando le viene la baja... –dije.

–Tú que lo sabes todo, ¿cuánta insulina le inyectaron hoy?

–Ni la mayor idea –y empecé a hacerme un lado. A ese gallo le había dado conmigo. Salí con los otros del fétido cuartucho, pero me quedé en la puerta para escuchar.

–Señorita –dijo el peludo a la profesora–, comuníqueme inmediatamente con el padre de este niño.

–Sí, el teléfono es el 7777771 –le soplé–. Y no se oía ni una mosca hasta que la profe dijo: “¡Aló!”, y le pasó el fono al creído.

–Su niño tiene shock –dijo con voz grave–. ¿Cuántas unidades de insulina le dio usted esta mañana?

Silencio. Y luego:

–¡Ahá, ahá, ahá! ¿Qué cantidad le inyecta diariamente? Bien. Escúcheme, señor, nunca, por ningún motivo deje de inyectarle insulina a su hijo. ¿Entiende? Tiene hiperglicemia, pero lo sacaremos del shock –y cortó.

Yo me salí otra vez del cuartucho. ¿Por qué no le darían azúcar? No entendía nada. Pero el peludo me mandó llamar.

–¿De quién era la orina que examinó esta mañana el papá de este cabro?

–De la Ji. Porque al Romelio se le olvidó guardar la suya. Y como la Ji se ofreció...

–No sé quién es la Ji, pero creo que tú tienes algo que ver en todo esto. Debes saber que tu amigo no necesita azúcar en este momento. Le sobra, porque no se puso la insulina de siempre. Ese examen de mentira le ha provocado todo este shock.

Me estaba culpando a mí. Porque me tenía odio, claro.

Me enfurecí con el doctor y me castañetearon los dientes. También me castañeteaba el seso y me sentía duro por fuera y jalea por dentro. Estaba seguro de que me iba a dar shock igual que al Romelio, pero de rabia por la injusticia...

Salí del cuartucho y también del colegio. Partí corriendo...

OceanofPDF.com

XXII

Yo que salgo corriendo por la reja del colegio y estrellón que me pego con algo duro que entraba. Me zumbaron las orejas y el día se oscureció total por un momento. No era un auto el que entraba; era un hombrazo de muy dura barriga. Al ver su cara, reconocí al papá del Romelio, pero iba tan apurado que ni me vio siquiera. Yo arranqué calle abajo antes de que me mirara.

Yo iba huyendo, huyendo por seis motivos:

1. Arrancaba del Romelio por haberle faltado en mi juramento.
2. También huía de su muerte. No aguantaba que muriera.
3. No quería ver nunca más al cargante doctor.
4. También corriendo podía olvidar mi crimen por la mentira del pipí.
5. Yo no quería ser criminal y arrancaba de mí.
6. Ahora huía del papá del Romelio que me iba a hacer cadáver.

Corría acezando, bastante choqueado por el propio Romelio, corría calle abajo, arrancando de todo: de la vida y también de la muerte.

Y mientras corría pensaba: “En estos casos atroces la gente de la TV toma hartos tragos y se emborracha. Tienes dos alternativas: entra en un bar o entra a una iglesia”. Entré a la iglesia, porque justo estaba ahí esperándome.

Era medio oscura y estaba vacía, o sea no tanto, porque ahí estaba Jesús.

Me arrodillé y me tapé la cara para rezar sin mirar. Pero el ruido de mi resuello acezando no me dejaba rezar, ni siquiera pensar.

Cuando por fin se calmó, le hablé a Dios:

“Ese chueco practicante quiere hacerme culpable de la muerte de Romelio, yo le borraría la cara si pudiera”.

No, eso no es rezar –pensé–. Es rabiarse en una iglesia junto a Jesús.

Así que empecé de nuevo:

“Perdón, Dios. Tengo un poco de culpa porque yo fui el que le di la idea al Romelio de aprovechar el pipí fresco de la Ji para el examen. Soy un poco culpable, pero me carga ser culpable. Me gusta ser admirable, Señor... Yo no sé ser culpable, me desespero y me quiero morir, y eso es pecado, ¿no? A mí me gusta quererme y ahora me estoy odiando. Por un puro pipí ajeno...”.

“Dios, siempre me creo culpable y no tengo remedio. Es como un mal de nacimiento”.

“Consuélame, Dios. Dime algo, ¿quieres?”.

Y me quedé escuchando en mi dentror. Creo que Dios me sopló este juramento y lo dije en voz alta: “Juro no ser doctor ni meterme a sanar enfermos con la computadora. Juro dejarle a cada uno sus carburadores malos”.

Me quedé callado escuchando por si Dios me contestaba. Tenía todo el tiempo por delante la visión del Romelio tieso, con su cara del color de los quesos mantecosos, con sus enormes dientes nuevos apretados y esos ojos revueltos que trataban de abrirle los dedos peludos del doctor. Empecé a rezar de nuevo:

“No quieres contestarme, Dios, pero te juro que si el Romelio está muerto, me voy a la montaña a comer sapos hasta que sea santo. Un santo ermitaño que toma agua de charcos y jamás Coca Cola. Me azotaré rodando por las rocas hasta que no me muerda más mi crimen. También le haré una estatua al Romelio con mi armadura y le pondré sus monedas de oro como dientes. ¿Te gusta la idea, Dios? ¿Me perdonas?”.

Sentí un “SÍ” en mi dentror y me corrió por el espinazo y hasta me puse peludo de feliz. Yo me senté en el banco dando gracias, cansado pero liviano. Entonces me bajó sueño y creo que me dormí.

Me despertó una mano, pero no me asustó. Era el propio cura.

—¿Tienes problemas? —me preguntó a lo amigo.

—Tenía —le contesté—. Ahora no.

—Ven a tomar un vaso de leche. Has dormido todo el día y ya es casi de noche...

Fui con él porque de verdad tenía hambre. Y no tenía ni la mayor idea de lo que iba a hacer, o sea, si irme a casa o al tiro a la

montaña.

–¿Puedo telefonar?–. La leche me había puesto valiente y ahora quería saber si Romelio estaba vivo.

Llamé al Urquieta.

–Oye, ¿qué pasó con el Romelio?

–Se lo llevaron al hospital. ¿Y qué pasó contigo?

–Nada, estoy aquí no más.

–La profe y el doctor te buscaron un ratito...

–El Romelio, ¿se va a mejorar, no? ¿Cuánto tiempo estará en el hospital?

–Ninguno. Le hacen un examen y se vuelve al castillo.

Respiré hondo y sudó el fono.

–¿Dónde estás? –dijo la voz de Urquieta. Pero yo le contesté con un alegre “¡chao!”, y le corté.

–Señor cura, ¿puedo dormir aquí esta noche? –le pregunté a este amigo que no preguntaba nada.

–¡Por supuesto!

Aunque había dormido todo el día, dormí también toda la noche. Mañana vería lo que me convenía hacer.



XXIII

Yo creo que era temprano cuando me despertaron voces. Una era muy conocida, la de la Domi. ¿Qué hacía aquí en la casa parroquial?

Me metí bajo la ropa. Bien tapado para que no me descubriera.

—Señor curita —estaba diciendo la Domi lloricona—. Yo deseo encargarle una misita de ánimas, no, una misa de animitas, mejor. Es para que aparezca un perdido.

—¿Un perdido? —repetía la voz del cura.

—Eso mismo, señor cura. Alguien que se me perdió y tiene que aparecer, ¿sabe? Porque si no, me llega a mí.

Claro que tenía que ser yo el perdido... Pero, antes de aparecer, debía estar seguro de que el Romelio estaba vivo.

Bajo la frazada, pensando todavía en estas cosas, oí alejarse la voz de la Domi y su portazo al salir de la casa parroquial.

Cuando los pasos del cura se acercaron, salté de la cama y le di los buenos días.

—Voy a celebrar misa para que aparezcas, Papelucho. Hay desayuno para ti en la cocina.

Yo me confundí entero. El cura sabía todo, me conocía y también a la Domi, y mi mentira criminal...

—Señor cura —empecé y me quedé paralelo.

—Di no más, Papelucho.

—Es que no es fácil...

—Claro que no es fácil —dijo el cura poniéndose la túnica blanca.

—Yo no podría ponerme esa túnica —dije—. Y tampoco podría usted decir misa si fuera yo... ¿Sabe una cosa? ¡Me quiero confesar! —disparé de un run.

—Bien, pero te confesaré aquí porque si no vendrán otras confesiones y ya estoy atrasado para la misa.

Caí de rodillas y largué toda mi historia, con mocos, sollozos y pena de verdad.

–Te perdono en el nombre del Señor –dijo el cura, haciendo la cruz encima de mi cabeza.

–¿Y qué penitencia? –reclamé, pasándome la manga por la cara.

–No mentir nunca más. Ahora puedes recibir la Comunión si quieres.

¡Y claro que quería!

La Domi estaba en el primer banco con su mirada enganchada en mí y casi no me dejaba rezar.

Apenas terminó la misa, me pescó del brazo.

–Vamos a casa. No hay problemas –me dijo–. Ayer sus papás salieron temprano con la Ji donde unos amigos y no llegarán hasta mañana. Pero en el colegio se las va a arreglar usted solito.

–¿Cómo sabes que ahí tengo problemas?

–Su profesora vino a hablar con su mamá y tuvo que hablar conmigo...

–¿Me van a echar?

La Domi arriscó los hombros con ese gesto suyo en que queda sin cabeza de tanto levantarlos.

–¿Vino el papá del Romelio?

–Telefoneó no más para decir que su niño estaba bien y que se lo dijera a usted.

Sentí amor por el viejo orangután. Todo el cuerpo se me llenó de alegría y canté a todo riñón: ¡Gloria, gloria al vencedor...!

Cuando llegué a la casa, llamó la profe para saber de mí y yo contesté sin saber que era ella.

–Romelio está bien y yo soy muy feliz –exclamé.

–Olvídate de todo, Papelucho. Aquí todos te esperan y son tus buenos amigos...

Era como el final feliz de un cuento, pero eso merecía las vacaciones de un día, por lo menos.

Así que llené una caja con las monedas de oro, la envolví en papel de regalo y acabadito de almorzar me trepé a una liebre camino del castillo.

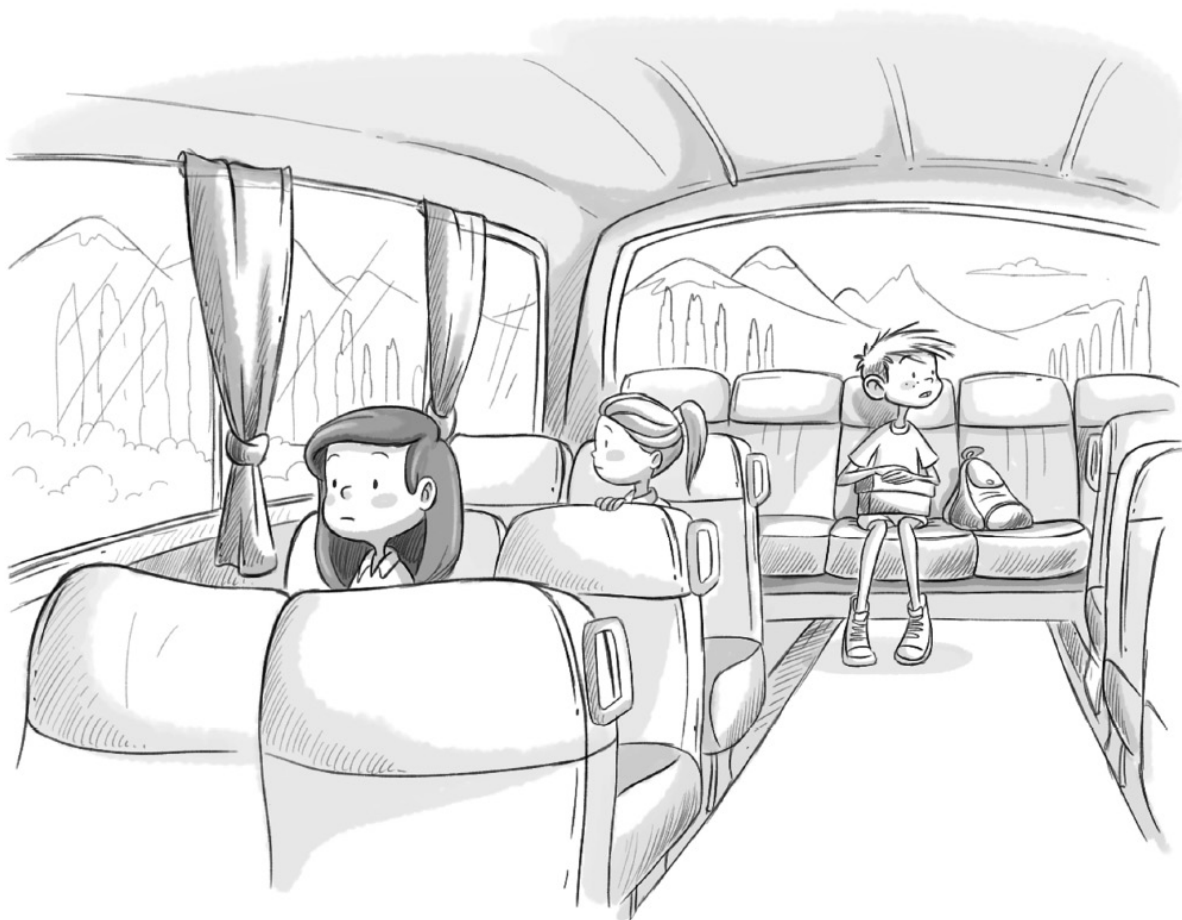
XXIV

Dice la Domi que el que sube a una micro ya sabe que va a otra parte de donde quería ir, pero el que sube a una liebre mejor no hubiera nacido.

Ni sé por qué lo dice, pero la cuestión es que cada vez que sale, llega con el mismo cuento y un machucón fresco. Y después suspira y suspira, y tiene mal del corazón, hasta que le toca salir de nuevo. Sale feliz y vuelve a llegar lloriqueando y con dolor de muelas.

–Quiero ir al castillo, a ver al Romelio –le dije a la Domi.

–¿Sabe el camino? ¿Por dónde queda eso?



–Sí, conozco el camino, creo. Es medio en el campo, entre las lomas...

–Váyase entonces, en un bus grande que dice “Circunvalación”... – me aconsejó.

Pero el famoso bus no pasó nunca y tuve que subirme a una liebre verde que pasaba por casi todo el país.

Yo iba sentado con mi pesado regalo en la falda, mirando por la ventana y buscando las lomas del castillo.

Pero no aparecían. En vez de eso, se llenó la liebre y como yo había pagado pasaje escolar, tuve que dar mi asiento. Pero la caja pesaba como elefante y yo no me podía el maldito oro.

Bajé el regalito al suelo y me senté encima para cuidarlo.

–Se te van a derretir los chocolates –me dijo un lolo chascón lleno de dientes. Pero yo me hice el sordo.

–Si te resulta pesado, podemos aliviarte –siguió el cargante imitando como si comía chocolates.

Miré para otro lado, pero un amigo del lolo se metió.

–Deja tranquilo al cabrito –dijo–, ¿no ves que es un serrote?

Yo miré al suelo y, claro, no podía ver por dónde íbamos pasando...

Bajaba y subía gente; entonces aprovechaba yo para mirar afuera. Era campo, pero plano, sin cerros. Partíamos de nuevo y el par de lolos me seguía fregando. Yo estaba bien choreado. Pero al fin se bajó todo el mundo y quedé en paz. Lo malo es que era un terminal, o sea, donde liebres y choferes descansan, se fuman un cigarro, se estiran bien y toman una bebida. Y dejan pasar el tiempo...

Noté que me miraban raro y por fin el chofer de mi liebre se acercó.

–¿Qué pasa contigo, cabrito? ¿Te gusta andar en liebre?

–Ahá –le contesté.

–Tendrás que tomar otro pasaje para volver –me amenazó–. Además, me gustaría saber dónde quieres ir.

Le expliqué y se tapó la boca para que yo no viera su risa.

–Andas bastante perdido –me dijo–. Ese camino na’ que ver con este recorrido. Pero aquí llega también el que te deja cerca.

Total, me recomendó a otro chofer que estaba por partir y tan conversador, que no le paró la lengua de hablarme ni cuando se llenó la liebre. Y cuando tenía que bajarme, también le sobró conversa al gallo: “Porque mi trabajo es mucho y aprovecho para calentar mi lengua cuando alguien me escucha”.

Me dejó cerquita. Se divisaba el castillo, pero la caja era peor que llevar un buey en los brazos.

Al principio daba veinte pasos con ella y descansaba, después daba solo diez y por fin apenas tres. Por último, me senté a hacer dedo y justo que pasó el papá del Romelio en su cacharro y me llevó. Yo casi me morí de plancha cuando lo reconocí y, claro, me puse tan colorado que no pude hablar más. Él tampoco me reconoció cuando me hizo sentarme a su lado.

Manejaba con todas sus ideas funcionando, como si estuviera en una sesión de la UNCTAD². Mientras, yo tenía elevada una sola idea, y era que no se diera vuelta a mirarme y ¡me viera!

Mientras más nos acercábamos al castillo, más se me agrandaba el querer tirarme de su auto en marcha. Lo que me sujetaba era la idea del desparramo de chauchas de oro y el alboroto que le daría al viejo si las viera.

—¿Vives más allá del castillo? —preguntó de repente con desgano.

—Este desvío me lleva a mi casa —dije con voz gangosa.

Frenó en seco, me dio tiempo a bajarme con caja y todo y partió a todo chanco echando tierra justo cuando iba a darle las gracias. Y se perdió en su polvareda que se quedó mucho rato sin dejarme ver.

Ahí quedé con la maldita caja tosiendo y llorando tierra, y aborreciéndola por lo pesada. La arrastré y la escondí entre las raíces de un tronco y la tapé con hojas.

Envuelto todavía en la polvareda del cacharro llegué hasta el propio castillo y me arrimé a la muralla del dormitorio del Romelio. Le pegué un chiflido sicodélico.

Debía estar roncando porque no contestó.

Entonces tiré una piedra por la ventana abierta y se asomó el Romelio con sangre de narices.

—¡El modito de despertarlo a uno! —rio limpiándose la sangre.

—Baja, te traje “eso” —le dije, y altiro entendió.

–¿Mis monedas? –se le alegró la cara y dejó de sangrar. Saltó afuera sin problemas y nos fuimos caminando hacia donde estaba la caja.

–¿Estás bien? –le pregunté.

–Sí, pero estuve muerto.

–¿Y qué tal es morirse?

–Cuando uno está muerto, no sabe...

–Entonces, ¿cómo puedes decir que te moriste?

–Porque me lo dijeron después.

–Muerto, muerto, no estabas. No habrías resucitado todavía. Y fue por culpa mía, por la cuestión de examinar el pipí de la Ji en vez del tuyo...

–¡Claro! Ella no tenía azúcar y, entonces, ¿para qué ponerme insulina?

–¿Y puramente por no ponerte insulina casi te mueres?

–Sin ella me lleno de azúcar y me enveneno.

–¡Chitas! Si lo hubiera sabido...

–Todavía no eres doctor –se rio el Romelio.

–¡Y tampoco voy a serlo nunca jamás!

–Mejor para todos –dijo riendo con misterio.

–Si te hubieras muerto de verdad, me habría hecho ermitaño...

–¿En serio? –Romelio no me creía.

–Lo juré. Pero como te mejoraste...

–Puramente salí del coma, pero igual no me funciona el carburador.

–Eso se arregla con la insulina, ¿no? Ya no me preocupas. Te tengo guardada la mentira de que nadie sabía de tu mal. La profe lo sabía.

–Bueno, ahora lo sabe el colegio entero –y pateó el suelo con rabia.

–¿Por qué te importa tanto que lo sepan? Total eres distinto, interesante. Hay genios que tenían tu mal. ¿Qué más quieres?

No contestó y llegamos al árbol donde escondí la caja con monedas. Al verla el Romelio se olvidó de su coma y de su muerte. Sus ojos brillaban con oro, igual que las monedas.

–¿Dónde vas a esconderlas?

–Tuve una idea genial justo antes de desmayarme. Pero se me olvidó. No se me ocurre dónde puedo meterlas.

Pensé que la solución era que el Romelio volviera a caer en coma, pero no se lo dije. Yo, sin coma, acababa de tener en ese momento una idea genial.

2 UNCTAD: Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.

OceanofPDF.com

XXV

Nadie nos había visto, así que tapamos otra vez la caja con hojas y nos volvimos caminando a la casa.

—Oye —le dije al Romelio—, lo que me pasa es que me siento malo y quiero conocer el shock, o sea el coma y así quedo tranquilo. Me voy a comer un kilo de azúcar y...

Romelio soltó la risa.

—¡Idiota! Ni aunque te comas un saco entero... Tú tienes el carburador bueno y sano y él produce insulina cuando comes azúcar...

—O sea que no quieres que yo descubra la pólvora —dije furiondo—. Lo que pasa es que eres envidioso y quieres quedarte con tu maldita diabetes para siempre. Seguro que te cuesta invertir tus asquerosas monedas...

Me miró lastimoso, pero yo sabía que le había venido la avaricia de golpe y me dieron ganas de no haber encontrado el oro ni haber sabido que tenía un amigo diabético. Me dieron ganas de borrar ese pedazo de vida para siempre.

—Tú sigues pensando que soy avaro —dijo con un nudo en la garganta que se le notaba por fuera.

—Nunca un avaro se cree avaro —contesté sabiamente.

Comenzó a desandar y llegó hasta donde estaban las monedas. Las desenterró y me las entregó.

—Toma —me dijo—, aquí las tienes, ya no me interesan.

Yo las miré tratando de sentirme tentado, pero el compromiso de tener que descubrir la solución de los diabéticos se me puso como difícil.

—A mí tampoco me interesan —dije resolviendo mi pensamiento—. A mí me gusta inventar las cosas altiro, porque si uno espera, las ideas se escapan y después no sirven porque están aguadas.

Y cuando íbamos a comenzar una discusión de alta cumbre, aparecieron las trillizas y comenzaron a saltar de pura alegría de verme.

–Mi papá está arreglando las goteras del techo –dijo la una.

–Encontró un montón de botones antiguos y los regaló para que jugáramos a las tiendas –dijo la otra.

–Son iguales a tus monedas de oro –dijo la Trini.

Nos miramos con el Romelio con cara de incredulidad. No podía ser que nos hubiéramos equivocado tanto.

Sin atrevernos a sacarlas, tomé una con disimulo de mi bolsillo y la sobé suavemente. Sentía su brillo en mis dedos, pero esta vez la sentí menos pesada. En el centro se notaba algo especial.

Le pegué una movida de cabeza al Romelio que estaba casi con shock-coma y se estaba poniendo pálido y sudoroso.

–Tómate el frasco con azúcar antes que despienses –le aconsejé con experiencia.

El Romelio se zampó el frasco en su boca y mandó a las trillizas:

–Vayan a decirle al papá que está Papelucho y que va a tomar té aquí.

Desaparecieron, chinchosas como siempre, y me acordé del beso que me dio la Trini y que vio el Urquieta. Me enfurecí y me dieron ganas de no haber nacido.

–Yo no voy a tomar té aquí porque ni sé el camino de vuelta –dije para zafarme de ver a la Genara y al orangután.

El Romelio sacó las monedas y las mostró en sus manos.

–¿Qué piensas? ¿Crees que son botones antiguos?

–Lo antiguo es muy valioso –dije pensativo–. Pueden haber pertenecido igualmente a un rey... pero ese es problema tuyo porque esos botones-monedas no me pertenecen.

–Se las voy a dar a las trillizas para que así tengan más –dijo resignado.

–O quizás sirvan para poner en las goteras. Total lo mejor es que vuelvan a su lugar de origen. Es como ese refrán: “Del polvo eres y en polvo te convertirás”... todo vuelve a ser lo que empezó... y ahora serán tapagoteras y el próximo que las encuentre a lo mejor es un príncipe y se las pone a su capa de terciopelo. ¿Sabes? A lo mejor es necesario que yo sea doctor después de todo. Quizás a nadie más le interesa salvar a los diabéticos porque al país le conviene que se consuma azúcar y así hacer millonarios con las importaciones.

–Dicen que muy luego se va a inventar un remedio definitivo –dijo el Romelio con cara de experto.

–Sí, pero si seguimos esperando ese “muy luego” capaz que te mueras. En cambio, con un poco de cachativa podemos descubrirlo nosotros. Tú tienes la experiencia y yo puedo adquirirla.

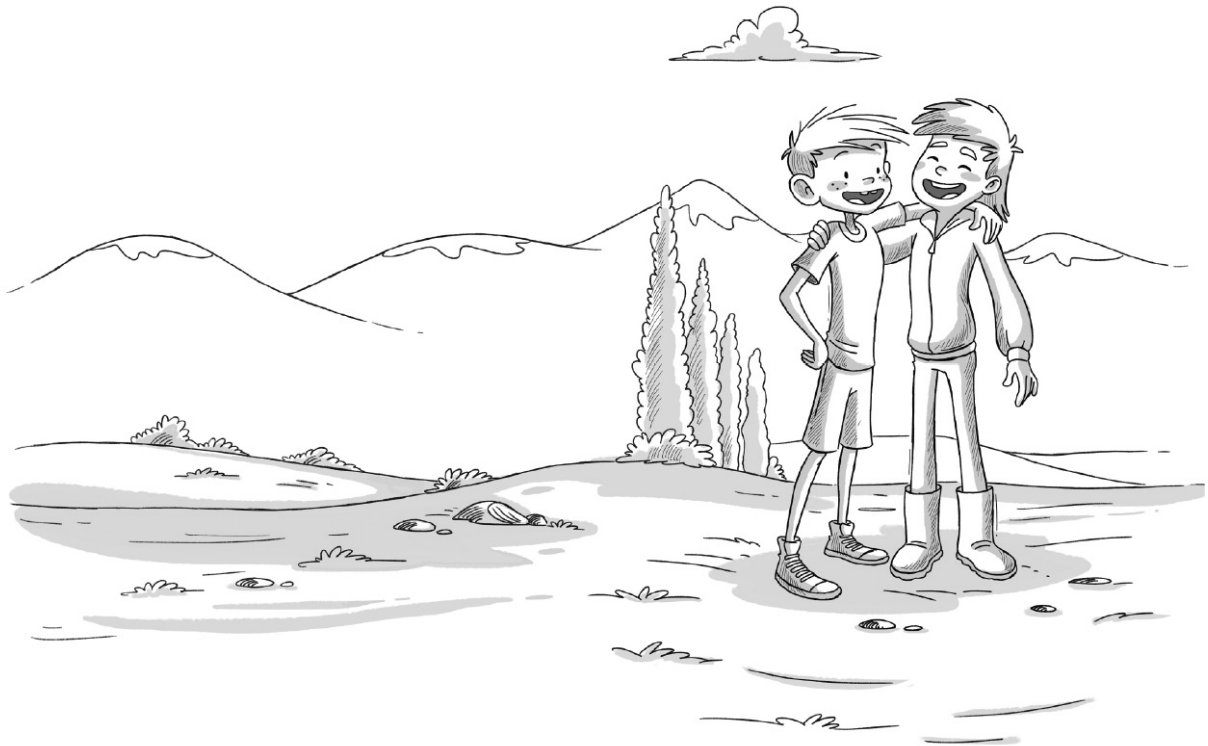
–No te entiendo –meneó la cabeza el incrédulo...

El Romelio es inentendible y además, cuando entiende, se le olvidan las ideas, como el maldito escondite para las monedas, porque le da su bendita azúcar.

Y como no quiere la cosa, tapamos las monedas de nuevo con las hojas y nos volvimos caminando a la casa.

–Oye –dije al Romelio como iluminado–, con estas monedas podemos hacer el experimento que necesitamos. Vendemos el oro y compramos un laboratorio. Tú serías el conejillo de indias y yo el sabio...

Me miró asustado, pero le brillaron los ojos. Yo contaba con su colaboración...



OceanofPDF.com

Contenido

Portadilla

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

Créditos

OceanofPDF.com

Papelucho, Romelio y el castillo

Marcela Paz

Ilustraciones: Rommy Rivera

Dirección de Publicaciones Generales: Sergio Tanhnuz

Edición: Manuel Peña Muñoz, Sergio Tanhnuz

Diagramación: Kevin González

Producción: Guillermo Aceituno

Primera edición: septiembre de 2017

© Marcela Paz

edicionesmarcelapazsa@gmail.com

www.papelucho.com

© de esta edición, Ediciones SM Chile S.A.

Coyancura 2283, oficina 203,

Providencia, Santiago de Chile

ATENCIÓN AL CLIENTE

Teléfono: 600 381 13 12

www.ediciones-sm.cl

chile@ediciones-sm.cl

Registro de propiedad intelectual: 282.837

Registro de edición: 282.769

Coordinación técnica: Producto Digital SM

Digitalización: **ab** serveis

ISBN: 978-956-363-417-4

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

OceanofPDF.com